

Robert Castel

**Las metamorfosis
de la cuestión social**

Una crónica del salariado

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
NOTA SOBRE EL COMPARATIVISMO.....	21
PRIMERA PARTE DE LA TUTELA AL CONTRATO	23
CAPÍTULO 1 LA PROTECCIÓN CERCANA.....	29
La sociabilidad primaria.....	29
La leyenda evangélica.....	37
Mi prójimo es mi próximo.....	43
El organigrama del trabajo asistencial	50
CAPÍTULO 2 LA SOCIEDAD EN CATASTRO.....	59
1349	60
La desconversión de la sociedad feudal	66
Los inútiles para el mundo.....	75
Vagabundos y proletarios	80
Represión, disuasión, prevención	85
CAPÍTULO 3 EL SALARIO SIN DIGNIDAD	91
El idioma corporativista	93
La firma del gremio.....	98
Trabajo regulado, trabajo forzado	107
Los miserables de la tierra.....	117
El modelo de la corvée.....	124
CAPÍTULO 4 LA MODERNIDAD LIBERAL	133
La vulnerabilidad de las masas	134
La libertad de trabajo	142
"Una deuda inviolable y sagrada"	153
La disociación del derecho	160
El capitalismo utópico.....	168
Segunda Parte DEL CONTRATO AL ESTATUTO	175
CAPÍTULO 5 UNA POLÍTICA SIN ESTADO	181
Los Miserables	182
El retorno de las tutelas	193
El patrocinio y los patrones.....	205
Una utopía a contrapelo	216

CAPÍTULO 6 LA PROPIEDAD SOCIAL.....	225
Un nuevo dato	226
La cuestión de la obligatoriedad.....	238
La propiedad o el trabajo.....	249
La propiedad transferida.....	259
CAPÍTULO 7 LA SOCIEDAD SALARIAL.....	271
La nueva relación salarial.....	273
La condición obrera.....	285
La destitución.....	293
La condición salarial	304
El Estado de crecimiento	312
CAPÍTULO 8 LA NUEVA CUESTIÓN SOCIAL.....	323
Una ruptura de trayectoria.....	325
Los supernumerarios	335
La inserción, o el mito de Sísifo	350
La crisis del futuro.....	365
CONCLUSIÓN EL INDIVIDUALISMO NEGATIVO.....	387

CAPÍTULO 7

LA SOCIEDAD SALARIAL

Condición proletaria, condición obrera, condición salarial. Tres formas dominantes de cristalización de las relaciones de trabajo en la sociedad industrial, también tres modalidades de las relaciones del mundo del trabajo con la sociedad global. Si bien, hablando esquemáticamente, ellas se sucedieron en el tiempo, su encadenamiento no fue lineal. Con relación a la cuestión aquí planteada –el estatuto del salariado en tanto que soporte de la identidad social e integración comunitaria–, esas condiciones presentan más bien tres figuras recíprocamente irreductibles.

La condición proletaria era una situación de cuasi exclusión del cuerpo social. El proletario era un eslabón esencial en el proceso naciente de industrialización, pero estaba destinado a trabajar para reproducirse y, según las palabras ya citadas de Auguste Comte, "acampaba en la sociedad sin ubicarse en ella". A ningún "burgués" del principio de la industrialización se le habría ocurrido comparar su propia situación con la de los obreros de las primeras concentraciones industriales, en cuanto a modo de vida, vivienda, educación, ocios... Tampoco lo habría hecho ningún proletario. Más que de jerarquía, se trataba entonces de un mundo escindido por la doble oposición entre capital y trabajo, y entre seguridad–propiedad y vulnerabilidad de masas. Escindido, pero también amenazado. La "cuestión social" consistía entonces precisamente en la toma de conciencia de que esa fractura central puesta en escena a través de las descripciones del pauperismo podía llevar a la disociación del conjunto de la sociedad.¹

¹ "Central" en la sociedad industrial. No hay que olvidar que, a principios del siglo XIX, Francia era aún, y siguió siendo durante mucho tiempo, una sociedad de predominio campesino. Una respuesta indirecta, pero esencial, a la cuestión social planteada por la industrialización, podía haber sido frenarla. Denominándolas "liberalismo equilibrado", Richard Kuisel ha descrito estas estrategias impulsadas por la desconfianza a los obreros de la industria, al crecimiento de las ciudades, a una educación demasiado general y abstracta, que podría "desarraigar" al pueblo, etcétera; por otro lado, pretendían sostener a las categorías estabilizadoras del equilibrio social: los trabajadores independientes, los pequeños empresarios, sobre todo los pequeños campesinos. "Un crecimiento gradual y equilibrado en el que todos los sectores de la economía progresaran al mismo paso, sin que los grandes eclipsaran a los pequeños ni las ciudades vaciaran al campo de su sustancia: ésa era la imagen ideal de la prosperidad nacional" (R. Kuisel, *Le capitalisme et l'État en France, op. cit.*, pág. 72). *Small is beautiful*. Este contexto socioeconómico debe ubicarse en contraposición a los procesos que intento describir. Explica la lentitud con la cual la industrialización impuso su marca al conjunto de la sociedad francesa. De hecho, Francia sólo se convirtió al "industrialismo" después de la Segunda Guerra Mundial, algunos decenios antes de

[326] La relación de la condición obrera con la sociedad encarada como un todo era más compleja. Se constituyó una nueva relación salarial, a través de la cual el salario dejó de ser la retribución puntual de una tarea. Aseguraba derechos, daba acceso a prestaciones fuera del trabajo (enfermedades, accidentes, jubilación), y permitía una participación ampliada en la vida social: consumo, vivienda, educación, e incluso, a partir de 1936, ocios. Esta vez, imagen de una integración en la subordinación. Pues hasta la década de 1930, en la cual esta configuración cristalizó en Francia, el salariado había sido esencialmente el salariado obrero. Retribuía las tareas de ejecución, las ubicadas en la base de la pirámide social. Pero al mismo tiempo se dibujaba una estratificación más compleja que la oposición entre dominantes y dominados, una estratificación que incluía zonas superpuestas en las cuales la clase obrera vivía esa participación en la subordinación: el consumo (pero de masas), la educación (pero primaria), los ocios (pero populares), la vivienda (pero vivienda obrera), etcétera. A ello se debía que esta estructura de integración fuera inestable. ¿Los trabajadores en su conjunto podían quedar satisfechos mientras se los encerraba en las tareas de ejecución, se los mantenía a distancia del poder y de los honores, en tanto la sociedad industrial desarrollaba una concepción demiúrgica del trabajo? ¿Quién creaba la riqueza social, y quién se la apropiaba indebidamente? En el momento en que se estructura la clase obrera, también se afirma la conciencia de clase: entre "ellos" y "nosotros", no todo está definitivamente jugado.

El advenimiento de la sociedad salarial² no representará sin embargo el triunfo de la condición obrera. Los trabajadores manuales fueron menos vencidos en una lucha de clases que desbordados por la generalización del salariado. Asalariados "burgueses", empleados, jefes, miembros de las profesiones intermedias, el sector terciario: la salarización de la [327] sociedad rodea al asalariado obrero y vuelve a subordinarlo, esta vez sin esperanza de que pueda llegar alguna vez a imponer su liderazgo. Si todos o casi todos son asalariados (más del 82 por ciento de la población activa en 1975), la identidad social deberá definirse a partir de la posición que se ocupa en el salariado. Cada uno se compara con los otros, pero también se distingue de ellos; la escala social tiene un número creciente de niveles a los cuales los asalariados ligan sus identidades, subrayando la diferencia con el escalón inferior y aspirando al estrato superior. La condición obrera sigue ocupando la parte inferior de la escala, o poco menos (están también los inmigrantes, semiobreros semibárbaros, los miserables del cuarto mundo). Pero si continuaba el crecimiento, si el Estado seguía ampliando sus servicios y protecciones, todo el que lo mereciera podría también "elevarse": mejoramiento para todos, progreso social y mayor bienestar. La sociedad salarial parecía arrastrada por un irresistible movimiento de promoción: acumulación de bienes y riquezas, creación de nuevas posiciones y de oportunidades inéditas, ampliación de los derechos y garantías, multiplicación de las seguridades y protecciones.

que el industrialismo se desmoronara.

² Empleo aquí el concepto de sociedad salarial en el sentido que le dan Michel Aglietta y Anton Bender, *Les métamorphoses de la société salariale*, París, Calmann-Lévy, 1984, y en este capítulo me propongo exponer sus implicaciones sociológicas.

Este capítulo apunta menos a trazar esta historia que a describir las condiciones que la hicieron posible y determinaron que la sociedad salarial fuera una estructura inédita a la vez refinada y frágil. Hemos tomado conciencia de esta fragilidad hace poco tiempo, en la década de 1970. Ése es hoy en día nuestro problema, pues seguimos viviendo en la sociedad salarial y de ella. ¿Se puede añadir, como lo hacen Michel Aglietta y Anton Bender, que "la sociedad salarial es nuestro futuro"?³ Éste es el tema que discutiremos en el capítulo siguiente, pero aunque así fuera, se trata de un futuro muy incierto. Mientras tanto, comprenderemos mejor de qué está hecha esta incertidumbre si recobramos la lógica de la promoción del sector asalariado en su fuerza y su debilidad.

La nueva relación salarial

"Fue la industrialización la que dio origen al salariado, y la gran empresa es el lugar por excelencia de la relación salarial moderna."⁴ Este juicio queda a la vez confirmado y matizado por los análisis precedentes. El salariado existió desde mucho antes en estado fragmentario, en la sociedad preindustrial, sin llegar a imponerse hasta estructurar la unidad de una condición (cf. el cap. 3). Con la revolución industrial comenzó a [328] desarrollarse un nuevo perfil de obreros de las manufacturas y las fábricas, que anticipaba la relación salarial moderna, pero sin desplegarla todavía en toda su coherencia (cf. el cap. 5)⁵.

Los principales elementos de esta relación salarial de los inicios de la industrialización, correspondientes a lo que acabamos de llamar la condición proletaria, pueden caracterizarse como sigue: una retribución próxima a un ingreso mínimo que aseguraba sólo la reproducción del trabajador y su familia y no permitía invertir en el consumo no imprescindible; una ausencia de garantías legales en la situación de trabajo regida por el contrato de alquiler (artículo 1710 del Código Civil); el carácter débil o "lábil"⁶ de la relación del trabajador con la empresa: cambiaba a menudo de lugar, se alquilaba al mejor postor (sobre todo si tenía una competencia profesional reconocida) y "descansaba" algunos días de la semana, o durante períodos más o menos prolongados, si podía sobrevivir sin someterse a la disciplina del trabajo industrial. Formalizando estas características, se dirá que una relación salarial supone un modo de retribución de la fuerza del trabajo, el salario (el cual gobierna en gran medida el modo de consumo y de vida de los

³ *Ibíd.*, pág. 7.

⁴ K. Salais, *La formation du chômage comme catégorie: le moment des années 30*, *op. cit.*, pág. 342.

⁵ Desde luego, este perfil no corresponde al conjunto, ni siquiera a la mayoría de los trabajadores de los inicios de la industrialización en la primera mitad del siglo XX (durante mucho tiempo gravitaron de modo determinante los artesanos, la "protoindustria", los asalariados parciales que obtenían una parte de sus recursos de otra actividad o de la economía doméstica, etcétera). Pero representa el núcleo de lo que iba a convertirse en el salariado dominante en la sociedad industrial, encarnado por los trabajadores de la gran industria.

⁶ La palabra ha sido empleada para caracterizar la movilidad de los trabajadores de las primeras concentraciones industriales por S. Pollard, *The Genesis of Human Management*, Londres, 1965, pág. 161.

obreros y sus familias), una forma de disciplina del trabajo que regula el ritmo de la producción, y el marco legal que estructura la relación de trabajo, es decir el contrato de trabajo y las disposiciones que lo rodean.

Se habrá advertido que acabo de precisar estas características a partir de los criterios propuestos por la escuela de la regulación para definir la relación salarial "fordista"⁷. Estoy presuponiendo que en el seno de una misma formación social (el capitalismo) la relación salarial puede tomar configuraciones diferentes; el problema, por lo menos el problema que planteamos aquí, consiste en identificar las transformaciones que rigen el pasaje de una forma a otra⁸. O sea las cinco condiciones siguientes, que [329] aseguraron el pasaje desde la relación salarial prevaleciente en los inicios de la industrialización hasta la relación salarial "fordista".

Primera condición: una separación rígida entre quienes trabajan efectiva y regularmente, y los inactivos o semiactivos, que hay que excluir del mercado de trabajo, o sea integrar bajo formas reguladas. La definición moderna del salariado supone la identificación precisa de lo que los estadígrafos denominan "población activa": hay que identificar y cuantificar a los ocupados y no ocupados, las actividades intermitentes y las actividades de jornada completa, los empleos remunerados y no remunerados. Empresa de largo aliento, y difícil. Un terrateniente, un rentista, ¿son "activos"? ¿Y la mujer y los hijos del artesano o el agricultor? ¿Qué estatuto hay que darles a esos innumerables trabajadores intermitentes, de temporada, que pueblan tanto la ciudad como el campo? ¿Se puede hablar de empleo, y correlativamente de no-empleo, de desempleo, si es imposible definir lo que significa verdaderamente estar empleado?

Sólo a fines del siglo pasado y principios del actual (en 1896 en Francia, en 1901 en Inglaterra), después de muchos tanteos, se llegó a definir sin ambigüedad el concepto de población activa, lo cual permitió establecer estadísticas fiables. "Serán activos aquellos y solamente aquellos que están presentes en un mercado que les procura una ganancia monetaria: mercado de trabajo o mercado de bienes o servicios."⁹ Así se vuelve claramente

⁷ Cf. por ejemplo R. Boyer, *La théorie de la régulation: une analyse critique*, París, La Découverte, 1987.

⁸ Cuando se identifica la relación salarial con la relación salarial moderna, "fordista", se confunden las condiciones metodológicas necesarias para llegar a una definición rigurosa de la relación salarial y de las condiciones socioantropológicas características de las situaciones salariales reales, que son diversas (véase en *Genèse* n° 9, 1991, una variedad de puntos de vista sobre esta cuestión). Por mi parte, considero que es legítimo hablar de situaciones salariales no solamente en los inicios de la industrialización, antes de que se instituyera la relación "fordista", sino también en la sociedad "preindustrial" (cf. el cap. 3), evidentemente con la condición de no confundirlas con la relación salarial "fordista". No obstante, la posición purista es imposible de sostener con rigor, incluso para la época moderna, pues la relación estrictamente "fordista", con cadena de montaje, medida rigurosa de los tiempos, etcétera, siempre fue minoritaria, aun en el apogeo de la sociedad industrial (cf. M. Verret, *Le travail ouvrier*, París, A. Colin, 1982, pág. 34, que para fines de la década de 1970 evaluaba en un 8 por ciento la tasa de obreros que trabajaban en sentido propio en la cadena, y en un 32 por ciento la proporción de quienes trabajaban en máquinas automatizadas).

⁹ C. Topalov, «Une révolution dans les représentations du travail. L'émergence de la catégorie statistique de "population active" en France, en Grande Bretagne et aux États Unis», texto

identificable la situación de asalariado, distinta de la de proveedor de mercancías o servicios, pero también se define al desempleado involuntario, diferente de quienes mantienen una relación errática con el trabajo.

Pero una cosa es poder identificar y contabilizar a los trabajadores, y [330] otra mejor sería regular ese "mercado de trabajo", controlando sus flujos. A principios de siglo, los ingleses se aplicaron a ello con seriedad. William Beveridge advirtió ya en 1910 que el principal obstáculo a la racionalización del mercado de trabajo era la existencia de esos trabajadores intermitentes que se negaban a someterse a una disciplina rigurosa. En consecuencia, había que dominarlos:

La oficina de colocaciones hará irrealizable el deseo de quien quiere trabajar una vez a la semana y quedarse en la cama el resto del tiempo. La oficina de colocaciones hará poco a poco imposible el tipo de vida de quien quiere encontrar un empleo precario de tiempo en tiempo. La jornada de trabajo que este último querría tener será asignada por la oficina a algún otro que ya trabaje cuatro horas por semana, y de tal modo le permitirá a este último ganarse decentemente la vida¹⁰.

La oficina de colocaciones debía realizar una distribución del trabajo, trazando una línea divisoria entre los verdaderos empleados de jornada completa, y las personas que serían completamente excluidas del mundo laboral y dependerían de las formas coercitivas de asistencia previstas para los indigentes válidos. Por otra parte, los Webb apelaban a "una institución en la que los individuos deben ser relegados penalmente y mantenidos bajo coacción [...] absolutamente esencial para todo programa eficaz de tratamiento del desempleo"¹¹.

Si bien era imposible realizar con todo rigor ese "ideal", las instituciones establecidas en Gran Bretaña en la primera década del siglo XX se acercaron a él. Las agencias municipales de colocación y los poderosos sindicatos de trabajadores que practicaban el *closed shop* (monopolio del empleo para sindicalizados), si bien no llegaron a yugular el desempleo, problema endémico en el país, lograron dominar lo mejor posible la contratación en los empleos disponibles.

[331] En Francia, sobre todo en razón del retardo en el desarrollo del salariado industrial

mimeografiado, 1993, pág. 21, y *Naissante du chômeur, 188-1910, op. cit.*

¹⁰ W. Beveridge, *Royal Commission on Poor Law and Relief Distress*, Appendix V8. House of Commons, 1910, citado en C. Topalov, "Invention du chômage et politiques sociales au début du siècle", *Les temps modernes*, n° 496-497, noviembre-diciembre de 1987. La obra de Beveridge publicada en esa época, *Unemployment, A Problem of Industry*, Londres, 1909, comenzó a hacer conocer al futuro creador de la seguridad social inglesa.

¹¹ S. y B. Webb, *The Prevention of Destitution, op. cit.* En este punto había unanimidad entre los reformadores sociales ingleses. Cf. P. Allen, *The Unemployed, a National Question*, Londres, 1906, y una presentación sintética de las "policies of decasualisation" (el conjunto de las medidas tomadas para poner fin al trabajo intermitente, a fin de constituir un verdadero mercado del trabajo), en M. Mansfield, "Labour Exchange and the Labour Reserve in Turn of the Century Social Reform", *Journal of Social Policy*, 21, 4, Cambridge University Press, 1992.

con relación a Gran Bretaña¹², este tipo de política de empleo *avant la lettre* nunca tuvo semejante carácter sistemático. La contratación quedó librada durante mucho tiempo a la iniciativa de los trabajadores (en principio "libres" de alquilarse como quisieran), a la habilidad de los "*marchandeurs*" o "*tâcherons*"¹³, a la venalidad de las agencias privadas de empleo (a las que hay que añadir una pocas oficinas municipales) y a los intentos sindicales de dominar, incluso monopolizar, los contratos. Fernand Pelloutier se extenuó tratando de implantar las bolsas de trabajo que, entre otras cosas, debían reunir todas las demandas de empleo y organizar los contratos bajo el control sindical¹⁴. Pero el empeño, socavado por las divisiones sindicales, fracasó. En el plano político, el ala reformista, representada por los "republicanos de progreso" y por los socialistas independientes, se interesó en la cuestión. Léon Bourgeois, en particular, advirtió el vínculo existente entre la regulación del mercado de trabajo y la cuestión del desempleo, que se hizo preocupante a principios de siglo, con una evaluación de 300.000 a 500.000 desocupados¹⁵. Pero los remedios que preconizó para combatirla eran muy tímidos: "Es evidente que la organización de las colocaciones figura en primer lugar"¹⁶. Deploraba la insuficiencia de las agencias municipales y sindicales, señalaba la necesidad de un seguro contra el desempleo, pero derivaba la responsabilidad a los agrupamientos profesionales.

[332] De modo que los poderes públicos, y durante mucho tiempo, sólo tuvieron un papel muy modesto en la organización del mercado de trabajo y en la lucha contra el desempleo. La Oficina de Trabajo, creada en 1891, se limitó a reunir una importante documentación y a elaborar estadísticas fiables. Esta obra se prolongó en el Ministerio de Trabajo, creado en 1906¹⁷, pero sin nada que pudiera considerarse una verdadera política del empleo.

¹² En 1911 había un 47 por ciento de asalariados en la población activa francesa, con tres patrones por cada siete asalariados, mientras que la proporción de asalariados en Gran Bretaña se acercaba al 90 por ciento (cf. B. Guibaud, *De la mutualité à In Sécurité sociale*, *op. cit.*, pág. 54).

¹³ Cf. B. Motez, *Systèmes de salaire et politiques patronales*, Paris, Éditions du CNRS, 1967. El *tâcheron*, o el *marchandeur*, le cobraban al patrón por la ejecución de una tarea, y a su vez remuneraban a trabajadores contratados por ellos mismos. Esta práctica era muy impopular entre los obreros, y fue abolida en 1848, pero reinstaurada poco después, y defendida incluso por liberales, como Leroy-Beaulieu, quienes veían en ella una doble ventaja: asegurar una vigilancia cercana de los obreros por parte del *tâcheron*, y permitir la promoción de una especie de élite de pequeños empresarios a partir del sector asalariado (cf. P. Leroy-Beaulieu, *Traité théorique et pratique d'économie politique*, t. II, págs. 494-495).

¹⁴ Cf. F. Pelloutier, *Histoire des bourses du travail*, Paris, 1902, y Jacques Julliard, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe*, Paris, Le Seuil, 1971.

¹⁵ L. Bourgeois, "Discours à la Conférence internationale sur le chômage", Paris, 10 de septiembre de 1910, en *Politique de la prévoyance sociale*, *op. cit.*, pág. 279.

¹⁶ L. Bourgeois, "Le ministère du Travail", discurso pronunciado en el congreso mutualista de Norma ndía en Caen, el 7 de julio de 1912, en *Politique de la prévoyance sociale*, *op. cit.*, t. II, págs. 206 y sigs. Bourgeois preconizaba también un control del aprendizaje para mejorar la calificación, y "la acción del Estado actuando como regulador en la ejecución de las grandes obras públicas" (pág. 207)

¹⁷ Cf. J.-A. Tournier, *Le Ministère du Travail, origines et premiers développements*, *op. cit.*

Lo que sí hubo, también durante mucho tiempo, fue el conjunto de las políticas patronales ya desplegadas anteriormente (cf. el cap. 5), mezcla de seducción y coacción para fijar a los obreros mediante "ventajas sociales" y aniquilar su resistencia con reglamentaciones rígidas. Más en general, existió asimismo ese tipo de chantaje moral ejercido sobre los trabajadores por los filántropos, los reformadores sociales y los voceros del liberalismo: "conformaos al modelo del buen obrero, regular en el trabajo y disciplinado en sus costumbres, o bien os convertiréis en esos miserables excluidos de la sociedad industrial"¹⁸. Sería preciso volver a citar ahora toda la literatura reiterativa sobre la necesaria moralización del pueblo. Se puede ver un signo de la vitalidad de esta actitud hasta fines del siglo XIX y principios del XX, en el extraordinario estallido de represión del vagabundeo que se produjo entonces: 50.000 arrestos cada año por vagabundeo en la década de 1890, que generaban hasta 20.000 acusaciones anuales ante la justicia¹⁹, con la amenaza de confinamiento en caso de reincidencia. Esas medidas podían explicarse coyunturalmente por la grave crisis económica entonces reinante, y por la miseria del campo. Pero ésta era también una manera de recordar, en el momento en que, con la segunda revolución industrial, se perfilaba un nuevo orden del trabajo, cuál era el costo de sustraerse a él. Durante una o dos décadas, el vagabundo volvió a convertirse en el mismo contramodelo abominable que había sido en la sociedad preindustrial (cf. el cap. 2): la figura de la asociabilidad, que había que erradicar porque maculaba a una sociedad que estaba estrechando las regulaciones del trabajo²⁰.

Pero muy pronto iba a imponerse de manera más eficaz otro modo de regulación. Todas esas dosificaciones de represión y bondad filantrópica seguían teniendo efectos limitados porque no dejaban de ser exteriores a la organización del trabajo propiamente dicha. En tanto que se trataba de [333] convertir al obrero a una conducta más regular, intentando convencerlo de que estaba en su verdadero interés ser más disciplinado, él podía rebelarse, o bien sustraerse, huyendo de estas obligaciones cuyo resorte seguía siendo moral. La máquina impuso otro tipo de coacciones, esta vez objetivas. Con la máquina no se discute, se sigue o no se sigue el ritmo impuesto por la organización técnica del trabajo. La relación de trabajo podría dejar de ser "volátil" si esa organización técnica era en sí misma lo bastante fuerte como para imponer su orden.

*Segunda condición: la fijación del trabajador a su puesto de trabajo y la racionalización del proceso del trabajo en el marco de una "gestión del tiempo precisa, dividida, reglamentada"*²¹. Los intentos de regular la conducta obrera a partir de las coacciones técnicas del propio trabajo, que florecerían con el taylorismo, no datan del siglo XX. Ya en 1847 el barón Charles Dupin soñaba con hacer realidad el trabajo perpetuo gracias al impulso infatigable del "motor mecánico":

Hay por lo tanto una extrema ventaja en hacer operar infatigablemente a los

¹⁸ Cf. J. Donzelot, P. Estèbe, *L'État animateur*, Paris, Éditions Esprit, 1994, introducción.

¹⁹ Cf. M. Perrot, "La fin des vagabonds", *L'Histoire*, n^o 3, julio-agosto de 1978.

²⁰ Véase una muestra de esta literatura que predicaba una verdadera cruzada contra el vagabundeo en doctor A. Pagnier, *Un déchet social: le vagabond*. París, 1910.

²¹ R. Salais, "La formation du chômage comme catégorie", *loc. cit.*, pág. 325.

mecanismos, reduciendo a la menor duración los intervalos de reposo. La perfección lucrativa consistiría en trabajar sin interrupciones... En consecuencia, se ha introducido en el mismo taller a los dos sexos y las tres edades, explotados en rivalidad, de frente, si podemos hablar en estos términos, arrastrados sin distinción por el motor mecánico hacia el trabajo prolongado, hacia el trabajo diurno y nocturno para acercarse cada vez más al movimiento perpetuo²².

Pero esta maravillosa utopía se basaba en la "explotación en rivalidad" [334] de las diferentes categorías del personal, es decir en la movilización del factor humano.

En cambio, con la "organización científica" del trabajo, el trabajador no es fijado por una coacción externa sino por el despliegue de las operaciones técnicas cuya duración ha sido definida de modo riguroso mediante un cronometraje. De tal modo se elimina "el paseo" del obrero, y con él, el margen de iniciativa y libertad que el trabajador había logrado preservar. Más aún: al hacerse simples y repetitivas las tareas parcializadas, resultaba inútil la calificación refinada y polivalente. Se le quitaba al obrero el poder de negociación que podía tener gracias al "oficio"²³.

Pero los efectos de esta "organización científica del trabajo" se pueden interpretar de dos maneras: como una pérdida de la autonomía obrera, y como el alineamiento de las pericias profesionales en el nivel más bajo de las tareas reproductivas. Los análisis más frecuentes del taylorismo, al poner el acento en el aspecto de la desposesión, son sin embargo simplificadores. Por una parte, tienden a idealizar la libertad del obrero pretayloriano, capaz de vender su pericia al mejor postor. Esto sin duda era válido en el caso de los herederos de oficios artesanales con competencias raras y muy demandadas. No obstante, si bien es cierto que el taylorismo se instaló sobre todo en la gran empresa, se aplicó con la mayor frecuencia a poblaciones obreras recientes, de origen rural, subcalificadas y poco

²² C. Dupin, informe a la Cámara de los Pares, 27 de junio de 1847; citado en L. Murard, P. Zylberman, "Le petit travailleur infatigable", *Recherche*, n° 23, noviembre de 1976, pág. 7. Se podrían encontrar precedentes de una organización casi "perfecta" de la disciplina de fábrica, incluso antes de la introducción de máquinas refinadas y, *a fortiori* antes de la cadena de montaje. Por ejemplo, la fábrica de cerámica fundada en Inglaterra hacia 1770 por Josiaph Wedgwood pasó a la posteridad como un modelo de organización estricta del trabajo. No estaba sin embargo mecanizada, sino que asociaba la división de trabajo manual en el seno de la empresa con una política de moralización de los obreros, apoyada por la Iglesia Metodista y por una Sociedad para la Supresión del Vicio, animada por el patrón. Cf. N. McKendrick, "Josiaph Wedgwood and Factory Discipline", en D. S. Landes, *The Rise of Capitalism*, *op. cit.* También se pueden destacar formas de división de las tareas que anticipaban el trabajo en la cadena de montaje, sin basarse en la máquina. Es el caso de "la mesa" ("*la tablee*"): un objeto circulaba de mano en mano alrededor de una mesa, y cada obrero le añadía una pieza, hasta el montaje completo (cf. H. Dorey, *Le taylorisme, une jolie rationnelle*. París, Dunod, 1981, págs. 142 y sigs.)

²³ Cf. B. Coriat, *L'atelier et le chronomètre*, París, Christian Bourgois, 1979. De F. W. Taylor existen varias traducciones francesas precoces, como *Études sur l'organisation du travail dans les usines* (pág. 412) Anger, 1907. Para una actualización de las cuestiones planteadas actualmente por el taylorismo, cf. la obra colectiva dirigida por Maurice vie Montmollin y Olivier Pastré, *Le taylorisme*, París, La Découverte, 19K4.

autónomas.

Por otro lado, la racionalización "científica" de la producción fue sin duda lo que contribuyó más poderosamente a la homogeneización de la clase obrera. Esa racionalización atacó el tabicamiento de los "gremios" con los que sus miembros se identificaban estrechamente: el trabajador se pensaba "forjador" o "carpintero" antes de pensarse "obrero" (las rivalidades entre compañeros, que sobrevivieron durante mucho tiempo al Antiguo Régimen, ilustran hasta la caricatura esta crispación en la especificidad del oficio).²⁴ Tanto más cuanto que en el seno de una misma especialización profesional había también muy importantes disparidades de salario y estatuto entre el compañero consumado, el peón, el aprendiz... De modo que la homogeneización "científica" de las condiciones de trabajo pudo forjar una conciencia obrera que desembocó en una conciencia de clase agudizada por el carácter penoso de la organización del trabajo.

[335] Las primeras ocupaciones de fábricas en 1936 se produjeron en las empresas más modernas y más mecanizadas. Era también en esas "ciudadelas obreras" donde la CGT y el Partido Comunista reclutaban a sus militantes más resueltos²⁵.

En tercer término, la tendencia a la homogeneización de las condiciones de trabajo no podía llevarse hasta el extremo: más bien, al agudizarse, producía efectos inversos de diferenciación. La producción en masa exige por sí misma que se distinga entre un personal de pura ejecución (el obrero especializado), y un personal de control o mantenimiento (el obrero técnico). Esta evolución técnica del trabajo impone asimismo el refuerzo y la diversificación de un personal de concepción y encuadramiento, que finalmente generaría a "los ejecutivos".

Homogeneización y diferenciación: este doble proceso operaba ya al principio de la segunda revolución industrial. Invita a no hablar de la "taylorización" como de una operación homogénea lanzada a la conquista del mundo obrero. Su implantación fue lenta y circunscrita a sedes industriales muy particulares: antes de la Primera Guerra Mundial, sólo el 1 por ciento de la población industrial francesa había sido afectada por esta innovación norteamericana²⁶. Además, el taylorismo era sólo la expresión más rigurosa (perdió al menos parte de esa rigurosidad al ser importado a Francia)²⁷ de una tendencia más general a la organización reflexiva del trabajo industrial, lo que en la década de 1920 se llamaba "la racionalización"²⁸.

²⁴ Cf. A. Perdiguier, *Mémoires d'un compagnon*, París, reedición Maspero, 1977.

²⁵ Cf. G. Noiriel, *Les ouvriers dans la société française*, op. cit.

²⁶ Cf. M. Perrot, "La classe ouvrière au temps de Jaurès", en *Jaurès et la classe ouvrière*, París, Éditions ouvrières, 1981. Sobre el papel desempeñado en la materia por la Gran Guerra, cf. Patrick Fridenson (comp.), *L'autre Front*, París, *Cahiers du mouvement social*, 2, 1982.

²⁷ Sobre las modalidades de implantación del taylorismo en las fábricas Renault, y los problemas que se plantearon, cf. P. Fridenson, *Histoire des usines Renault*, París, Le Seuil, 1982.

²⁸ Cf. A. Moutel, "Patrons de progrès ou patrons de combat? la politique de rationalisation de l'industrie française au lendemain de la Première Guerre mondiale", en *Le soldat du travail*, número especial 32, 33, *Recherche*, septiembre de 1978.

Finalmente, estos métodos desbordarán de las sedes industriales que evoca el "taylorismo", para implantarse en las oficinas, los grandes almacenes, el sector "terciario". De modo que, más bien que de "taylorismo", sería preferible hablar del establecimiento progresivo de una dimensión nueva de la relación salarial, caracterizada por la racionalización máxima del proceso de trabajo, el encadenamiento sincronizado de las tareas, una separación estricta entre el tiempo de trabajo y el tiempo de no-trabajo; el conjunto permitía el desarrollo de la producción en masa. En tal sentido, [336] es exacto que este modo de organización del trabajo, regido por la búsqueda de la productividad máxima a partir del control riguroso de las operaciones, fue una componente esencial en la constitución de la relación salarial moderna.

*Tercera condición: el acceso a través del salario a "nuevas normas de consumo obrero"*²⁹ que convertían al obrero en el propio usuario de la producción en masa. Taylor preconizaba ya un aumento sustancial del salario, para inducir a los obreros a someterse a la coacciones de la nueva disciplina de fábrica.³⁰ Pero fue Henry Ford quien sistematizó la relación entre la producción en masa (la generalización de la cadena de montaje semiautomática) y el consumo de masas. El "five dollars day" no representaba sólo un aumento considerable del salario. Tendía a darle al obrero moderno la posibilidad de acceder al estatuto del consumidor del producto de la sociedad industrial³¹.

Fue una innovación considerable, si se la ubica en el largo término de la historia del salariado. Hasta ese viraje crítico, el trabajador era esencialmente concebido –al menos en la ideología patronal– como un productor máximo y un consumidor mínimo: tenía que producir todo lo posible, pero los márgenes de utilidad generados por su trabajo resultaban más importantes si su salario era bajo. Es significativo que las violaciones patronales a la "ley de hierro" de los salarios no hayan consistido en complementos salariales, sino en prestaciones sociales no monetarias en caso de enfermedad, accidente, en la vejez, etcétera. Esas prestaciones podían evitar la degradación total de las familias obreras, pero no maximizar su consumo. También es significativo que estos mismos patrones y reformadores sociales no hayan pensado en la posibilidad de que el trabajador tuviera una mayor holgura económica como acceso a un mayor consumo, sino como deber de ahorro o de aportar para tener más seguridad. El consumo legítimo del trabajador se reducía a lo necesario para que reprodujera [337] decentemente su fuerza de trabajo y mantuviera a su familia en el mismo plano de mediocridad. La posibilidad de un mayor consumo debía

²⁹ La expresión es de Michel Aglietta en *Régulation et crises du capitalisme, l'expérience des États-Unis*, Paris, Calmann-Lévy, 1976, pág. 160.

³⁰ Él previo incluso la posibilidad de "reducir el precio de costo en proporciones tales que nuestro mercado interior y exterior se verá considerablemente ampliado. También será posible pagar salarios más altos y reducir el número de horas de trabajo, mientras se mejoran las condiciones de trabajo y las comodidades domésticas" (*La direction scientifique des entreprises, op. cit.*, pág. 23).

³¹ Cf. M. Aglietta, *Régulation et crises du capitalisme...*, Paris, Marabout, pág. 23. Traducción francesa de la obra de Henry Ford, *My life, my Work: Ma vie et mon œuvre*, Paris. Sobre la organización concreta del trabajo en una fábrica y las reacciones de los trabajadores, cf. el testimonio de un ex obrero de Ford, H. Beynon, *Working for Ford*, Penguin Books, 1973.

proscribirse, puesto que llevaba al vicio, al alcoholismo, al ausentismo...

Del lado de los trabajadores, fue también con los inicios de la producción en masa cuando apareció explícitamente la preocupación por el bienestar y por el desarrollo del consumo. Alphonse Merrheim, entonces secretario general de la CGT, declaró en 1913:

No hay límites para el deseo de bienestar; el sindicalismo no lo contradice, al contrario. Nuestra acción, nuestras reivindicaciones de reducción de las horas de trabajo, de aumento del salario, ¿no tienen acaso la finalidad mínima de aumentar los deseos en el presente, las facilidades de bienestar de la clase obrera, y en consecuencia, sus posibilidades de consumo?³²

Estas palabras corrigen un tanto la representación dominante de un sindicalismo de acción directa únicamente movilizado para preparar "la gran noche".

Esta preocupación obrera por el consumo, que aparece a principios de siglo, responde a una transformación de los modos de vida populares, generada por el retroceso de la economía del hogar, y tiene que ver sobre todo con los trabajadores de las grandes concentraciones industriales³³. El mundo del trabajo, ya en la sociedad preindustrial y después en los inicios de la industrialización, había podido sobrevivir a salarios de miseria porque en gran medida una parte importante (aunque difícil de precisar en cifras) de su consumo no dependía del mercado sino de los vínculos conservados con el medio rural de origen, del cultivo de una parcela, de la participación estacional en el trabajo del campo, incluso en el caso de oficios tan "industriales" como el de minero³⁴.

Esta situación se transformó con la expansión de las concentraciones industriales. La homogeneización de las condiciones de trabajo fue [338] acompañada por una homogeneización de los ambientes y los modos de vida. Proceso complejo que se fue desplegando a lo largo de varias décadas. Concernía al hábitat, los transportes y, más en general, a la relación del hombre con su ambiente, lo mismo que a la "canasta familiar". Pero una parte cada vez más importante de la población obrera se encontraba en una situación objetivamente próxima a la que había nutrido las descripciones del pauperismo en la primera mitad del siglo XIX: obreros separados de su familia y de su ambiente de origen, concentrados en espacios homogéneos y casi reducidos a los recursos que les

³² A. Merrheim, "La méthode Taylor", *La vie ouvrière*, marzo de 1913, pág. 305, citado en J. Julliard, *Autonomie ouvrière. Études sur le syndicalisme d'action directe*, op. cit., pág. 61. En ese artículo, Merrheim no ataca el método de Taylor sino su "falsificación" por los patrones franceses. También es significativa la declaración de otro gran líder sindicalista de la época, Victor Griffuelhes: "Por nuestra parte, exigimos que los patrones franceses imiten a los norteamericanos, y de tal modo crezca nuestra actividad industrial y comercial, con lo cual nosotros obtendremos una seguridad, una certidumbre que, elevándonos materialmente, nos prepare para la lucha, facilitada por la necesidad de mano de obra" (*L'infériorité des capitalistes français*, *Le mouvement social*, diciembre de 1910, citado ibíd., pág. 55).

³³ B. Coriat, *L'atelier et le chronomètre*, op. cit., cap. 4.

³⁴ Cf. K. Treppe, *Les mineurs de Carnaux*, op. cit., que describe la encarnizada resistencia de los mineros para salvaguardar una organización de los horarios de trabajo compatible con la realización de las actividades agrícolas.

procuraba su trabajo. Para que las mismas causas no produjeran los mismos efectos (es decir una pauperización masiva), era necesario que la retribución de ese trabajo no siguiera siendo un salario de subsistencia.

Se llama "fordismo" a la articulación de la producción en masa con el consumo masivo, una articulación que sin duda Henry Ford fue el primero en poner conscientemente en práctica. Henry Ford dijo: "La fijación del salario de la jornada de ocho horas en cinco dólares fue uno de los mayores ahorros que haya hecho jamás, pero, al llevarla a seis dólares, logré un ahorro incluso más alto".³⁵ De modo que advirtió una nueva relación entre el aumento del salario, el aumento de la producción y el aumento del consumo. No se trataba sólo de que un salario elevado aumentara la motivación para el trabajo y el rendimiento. Se estaba bosquejando una política salarial ligada al progreso de la productividad, a través de la cual el obrero accedía a un nuevo registro de la existencia social: el del consumo, y no exclusivamente el de la producción. Dejaba de tal modo esa zona de vulnerabilidad que lo condenaba prácticamente a vivir "al día", satisfaciendo una a una las necesidades más imperiosas. Accedía al deseo (retomo la palabra de Merrheim), cuya realización estaba socialmente condicionada por la posibilidad de despegarse de la urgencia de la necesidad. El deseo es esa forma de libertad que pasa por el dominio de los tiempos y se satisface con el consumo de objetos duraderos no estrictamente necesarios. El "deseo de bienestar" que aspira al automóvil, la vivienda, el electrodoméstico, etcétera, hacía posible el acceso del mundo obrero a un nuevo registro de la existencia, aunque les disgustara a los moralistas.

Sería sin duda excesivo atribuirle a Ford el mérito de esta cuasi mutación antropológica de la relación salarial. Se trataba de un proceso general que estaba lejos de basarse exclusivamente en la invención de la "cadena de montaje casi automática" y en la política salarial de un industrial norteamericano. No obstante, es cierto que a partir de Ford se afirmó una concepción de la relación salarial según la cual "el modo de consumo está [339] integrado en las condiciones de producción"³⁶. Esto bastó para que grandes estratos de trabajadores (pero no todos los trabajadores) pudieran dejar esa zona de extrema miseria e inseguridad permanente que había sido su situación durante siglos.

Cuarta condición: el acceso a la propiedad social y a los servicios públicos. El trabajador es también un sujeto social que está en condiciones de compartir los bienes comunes, no comerciales, disponibles en la sociedad. En este punto me limitaré a remitirme a la elaboración sobre la "propiedad transferida" que intentamos en el capítulo anterior; esa propiedad se inscribe en la misma configuración salarial. Si el pauperismo fue el veneno de la sociedad industrial en sus inicios, el seguro obligatorio era su mejor antídoto. En las situaciones extralaborales se podía desplegar una red mínima de seguridades vinculadas al trabajo, para poner al obrero al abrigo del desamparo absoluto. Sin duda, en esta primera forma de los seguros sociales esas prestaciones eran demasiado mediocres como para tener una verdadera función redistributiva y gravitar significativamente sobre el "nivel de consumo". Pero respondían a la misma coyuntura histórica del sector asalariado,

³⁵ H. Ford, *Ma vie et mon œuvre*, op. cit., pág. 168

³⁶ M. Aglietta, *Régulation et crises du capitalisme*, op. cit., pág. 130.

en la que éste podía ser clasificado y catalogado (no era posible otorgar derechos, aunque fueran modernos, más que a un estado claramente identificable, lo que supuso la elaboración del concepto de población activa y la puesta al margen de formas múltiples de trabajo intermitente), fijado y estabilizado (un derecho como la jubilación implica un trabajo continuo en el largo término), autonomizado como estado antes de bastarse a sí mismo (para asegurar la protección, se deja de contar con los recursos de las economías domésticas y de la "protección cercana"). Evidentemente, este modelo se aplicaba de manera privilegiada a los obreros de la gran industria, aunque también regía mucho más allá de esa población. Reconocía la especificidad de una condición salarial obrera, y al mismo tiempo la consolidaba, puesto que tendía a asegurarle recursos para su autosuficiencia en caso de accidente, enfermedad o después de la cesación de la actividad (jubilación)³⁷.

[340] Recordemos asimismo que esta promoción de la propiedad transferida se inscribía en el desarrollo de la propiedad social, y especialmente de los servicios públicos. De tal modo se enriquecía la participación de las diferentes categorías de la sociedad en "la cosa pública", aunque esta participación siguiera siendo desigual. La clase obrera –volveremos sobre el punto– iba a tener un mayor acceso a bienes colectivos tales como la salud, la higiene, la vivienda, la educación.

Quinta condición: la inscripción en un derecho del trabajo que reconocía al trabajador como miembro de un colectivo dotado de un estatuto social, más allá de la dimensión puramente individual del contrato de trabajo. También se asistió a una transformación profunda de la dimensión contractual de la relación salarial. El artículo 1710 del Código Civil lo definía como un "contrato por el cual una de las partes se compromete a hacer algo para la otra, a cambio de un pago". Transacción entre dos individuos en principio igualmente "libres", pero cuya asimetría profunda ha sido subrayada muchas veces. Léon Duguit ve allí la expresión del "derecho subjetivo", es decir "el poder de una persona para imponer a otra su propia personalidad"³⁸. Ese derecho subjetivo será reemplazado por un derecho social "que une entre ellos, por la comunidad de las necesidades y la división del trabajo, a los miembros de la humanidad y particularmente a los miembros de un mismo grupo

³⁷ El hecho de que la primera ley francesa de seguro-jubilación obligatoria haya sido la ley de 1910 de jubilación obrera y campesina, parece contradecir esa conexión privilegiada de la protección social con la condición de los obreros de la industria. Pero, como lo señala Henri Hatzfeld (*Du paupérisme à la Sécurité sociale, op. cit.*), la igualdad de trato con campesinos y obreros respondía a una exigencia política en la Francia "radical", que creía particularmente en el campesinado y quería evitar más que nada la desestabilización del campo y el éxodo rural. Esas buenas intenciones no llegaron a puerto. La ley de jubilaciones de 1910 reveló ser casi inaplicable en el campo, en particular por la dificultad de identificar a los asalariados "puros" y la fuerte resistencia de los empleadores a plegarse a un mandato percibido como una intrusión inadmisibles del Estado en las formas "paternales" de relación de trabajo. El salariado campesino representaba entonces una condición demasiado diferente de la del salariado industrial como para prestarse al mismo tratamiento.

³⁸ L. Duguit, *Le droit sociale, le droit individuel et la transformation de l'État, op. cit.*, pág. 4.

social"³⁹.

Al tomarse en cuenta esta dimensión colectiva, la relación contractual se desliza desde la relación de trabajo hasta un estatuto del asalariado. "La idea de estatuto, característica del derecho público, supone la definición objetiva de una situación que se sustrae al juego de las voluntades individuales."⁴⁰ Ya había habido un reconocimiento jurídico del grupo de los trabajadores como interlocutor colectivo con la ley que abolió el delito de huelga (1864) y la que autorizó las coaliciones obreras (1884). Pero esos progresos no tuvieron incidencia directa sobre la estructura del trabajo en sí. Asimismo, durante mucho tiempo, las negociaciones realizadas en el seno de las empresas entre el empleador y el colectivo de los trabajadores (por lo general ante una huelga o una amenaza de huelga) carecían de valor jurídico. Fue la ley del 25 de marzo de 1919, ulterior al acercamiento generado por la "unión sagrada" y la participación obrera en el esfuerzo de guerra, la que dio un estatuto jurídico al concepto de *convención colectiva*. Las disposiciones estipuladas por la convención prevalecían sobre la del contrato individual de trabajo. Léon Duguit dedujo de inmediato la filosofía del procedimiento:

El contrato colectivo es una categoría jurídica totalmente nueva y extraña a las categorías tradicionales del derecho civil. Es una convención-ley que regula las relaciones de dos clases sociales. Es una ley que establece relaciones permanentes y duraderas entre dos grupos sociales, el régimen legal al que deberán atenerse los contratos individuales entre los miembros de estos grupos.⁴¹

En efecto, la convención colectiva superaba el cara a cara entre empleador y empleado de la definición liberal del contrato de trabajo. Un obrero contratado a título individual se beneficiaba con las disposiciones previstas por la convención colectiva.

La aplicación de esta ley fue en un primer momento muy decepcionante, debido a la aversión, tanto de la clase obrera como de los patrones, a entrar en un proceso de negociación. Estas reticencias (la palabra es un eufemismo) de los "asociados sociales"⁴² explican el papel desempeñado por el Estado para establecer procedimientos de concertación. Desde los esfuerzos de Millerand en 1900 para crear consejos obreros,⁴³ el

³⁹ *Ibid.*, pág. 8

⁴⁰ J. Le Goff, *Du silence à la parole*, *op. cit.*, pág. 112. Cf. también F. Sellier, *La confrontation sociale en France, 1936-1987*, *op. cit.*

⁴¹ L. Duguit, *Les transformations générales du droit privé*, París, 1920, pág. 135, citado en J. Le Goff, *Du silence à la parole*, *op. cit.*, pág. 106.

⁴² Para un análisis del contexto sociohistórico que explica esta mala voluntad para concertar, tanto patronal como sindical, y sobre las diferencias con Alemania y Gran Bretaña, cf. F. Sellier, *La confrontation sociale en France*, *op. cit.*, págs. 1 y 2. Sobre las medidas bosquejadas durante la Primera Guerra Mundial y su reconsideración al volver la paz, cf. M. Fine, "Guerre et réformisme en France, 1914-1918", en *Le soldat du travail*, *op. cit.*

⁴³ Decreto del 17 de septiembre de 1900: "Existe un interés de primer orden en instituir entre los patrones y la colectividad de los obreros relaciones continuas que permitan intercambiar a tiempo las explicaciones necesarias y regular algunas dificultades de cierta naturaleza... Tales prácticas no pueden sino ayudar a aclimatar las nuevas costumbres que se querría honrar. Al entronizarlas, el gobierno de la República sigue fiel a su papel de pacificación y de árbitro" (citado en J. Le Goff, *Du*

Estado pareció asumir una función motriz en la constitución del derecho del trabajo, por lo menos hasta que entró en escena para imponer su punto de vista un sector de la clase obrera partidario de las reformas (como objetivo privilegiado o como etapa del proceso revolucionario). En este aspecto, en el año 1936 se dio por primera vez la conjunción de una voluntad [342] política (el gobierno del Frente Popular, con una mayoría socialista–comunista, por encima de sus divergencias, quería una política social favorable a los obreros) y un movimiento social (cerca de dos millones de obreros que ocuparon las fábricas en junio). Los acuerdos de Matignon activaron las convenciones colectivas e impusieron delegados de fábrica elegidos por el personal.⁴⁴

Pero, más allá de esta "conquista social" y de algunas otras, el período del Frente Popular fue una etapa particularmente significativa, decisiva y frágil, de la odisea del salariado.

La condición obrera

A pesar de que siempre haya una cierta arbitrariedad en el intento de fechar transformaciones que sólo se explican en el seno de procesos prolongados, querría fijar por un instante el foco en el año 1936. En efecto, allí puede verse a la vez un momento de cristalización y un punto de viraje de esta relación salarial moderna que acabo de presentar. Etapa significativa de la promoción del salariado obrero: las reformas de 1936 sancionaban principalmente un cierto reconocimiento de la condición obrera. Pero quizá se trató de una victoria pírrica. ¿Cuál era entonces el estatuto de la clase obrera en la sociedad? De un lado, 1936 marcó una etapa decisiva de su reconocimiento como fuerza social determinante, una ampliación de sus derechos y la toma de conciencia de su poder, que podía hacerla soñar con convertirse en el futuro del mundo. Por otro lado, 1936 sancionó *el particularismo obrero*, su asignación a un lugar subordinado en la división del trabajo social y en la sociedad global.

Del lado de la consagración obrera, un hermoso verano que aún no temía al otoño. Victoria electoral de la izquierda; los obreros se anticipan a las decisiones del gobierno de Blum (o le fuerzan la mano), ocupan las fábricas y obtienen inmediatamente un progreso sin precedentes de los derechos sociales. Los patrones entran en pánico y creen ver llegar el reino del poder obrero⁴⁵. "Todo es posible", escribe el 23 de mayo de 1936 Marceau Pivert, líder del ala izquierda del Partido Socialista en una tribuna [343] libre del *Populaire*.⁴⁶ Por cierto, no todo era posible⁴⁷, pero algo había cambiado sustancialmente. Lo

silence à la parole, op. cit., pág 102) Pero el decreto nunca se aplicó.

⁴⁴ En 1936 se firmaron 1123 convenciones colectivas, y en 1937 la cifra alcanzó a 3064; cf. A. Touraine, *La civilisation industrielle*, t. IV, de L. H. Parias, *Histoire générale du travail*, Paris, Nouvelle Librairie de France, 1961, págs. 172–173.

⁴⁵ Véanse testimonios de estas reacciones patronales en S. Weil, *La condition ouvrière*, Paris, Gallimard, 1951 (carta a Auguste Debœuf, págs. 188–190). Los acuerdos de Matignon fueron vividos por la mayoría de los patrones como un *diktat*, tema sobre el cual se volvería incesantemente.

⁴⁶ Citado en H. Noguères, *La vie quotidienne en France au moment du Front populaire*, Paris, Hachette, 1977, pág. 131.

demuestra una medida que, aunque podría parecer secundaria, adquiere una significación simbólica excepcional si se la ubica en la historia del "salarinado sin dignidad": las vacaciones pagas. Algunos días por año, el obrero podía dejar de perder su vida en el esfuerzo por ganarla. No hacer nada que se estuviera obligado a hacer, disfrutar la libertad de existir por sí mismo. Inscribir esta posibilidad en la ley era reconocerle al trabajador el derecho de existir sencillamente, es decir igual que todos los otros, los rentistas, los "burgueses", los aristócratas, los propietarios, todos aquellos que, por lo menos en el imaginario obrero, disfrutaban de la vida por la vida misma y para sí mismos, desde la noche de los tiempos.

La reivindicación obrera de una reducción de tiempo de trabajo es una de las más antiguas y apasionadas. Parece que las primeras "cabalas" (asociaciones ilícitas de compañeros) tenían más el propósito de controlar el tiempo de trabajo que obtener un aumento de los salarios⁴⁸. La revolución de febrero de 1848 arrancó la jornada de diez horas, medida muy pronto revocada. Para el sindicalismo de principios de siglo, una de las principales reivindicaciones era el descanso semanal (obtenido en 1906) y la jornada de ocho horas; además, ésta era quizá la única reivindicación que los sindicalistas de acción directa no consideraban "reformista". Ésta era la consigna más popular de los Primeros de Mayo combativos, y cubría los carteles de propaganda de la CGT.⁴⁹ Pero, con una mayor significación simbólica que la reducción de tiempo de trabajo (la semana de cuarenta horas se obtuvo en junio de 1936), y más profundamente liberador que el acceso al consumo hecho posible por el aumento de los [344] salarios⁵⁰, la financiación de un *tiempo libre* equivalía al reconocimiento oficial de la humanidad del trabajador y de la dignidad humana del trabajo. El trabajador era también un hombre y no un necesitado perpetuo, y su trabajo le otorgaba ese acceso a la calidad de hombre en tanto que tal, de hombre en sí mismo; el trabajo dejaba de ser sólo la ley inexorable de cada jornada. Se trataba de una revolución cultural, más allá de su carácter de "logro social", pues equivalía a cambiar la vida y las razones de vivir, aunque sólo fuera unos días por año. Aparentemente, los contemporá-

⁴⁷ Ésa fue la respuesta de Maurice Thorez en un discurso del 11 de junio de 1936, que además dio la clave de una frase citada a menudo, "Hay que saber terminar una huelga": "Hay que saber terminar una huelga cuando se ha llegado a la satisfacción. Incluso hay que saber consentir el compromiso cuando no han sido aún aceptadas todas las reivindicaciones, pero [...] se ha llegado a la victoria con las más esenciales. No todo es posible" (citado en *ibíd.*, pág. 131); sobre las posiciones del Partido Comunista, en retirada con relación a la voluntad de la CGT y de ciertas tendencias del Partido Socialista, que querían promover reformas estructurales tales como las nacionalizaciones y la planificación de la economía, cf. R. F. Kuisel, *Le capitalisme et l'État en France*, *op. cit.*, cap. 4.

⁴⁸ Cf. H. Hauser, *Ouvrier du temps jadis*, *op. cit.*

⁴⁹ La insistencia sindical en una reducción de tiempo de trabajo tenía dos razones: ayudar al trabajador a recobrar su dignidad quebrando el embrutecimiento de un trabajo incesante, y luchar contra el desempleo, compartiendo el trabajo existente entre un mayor número de obreros.

⁵⁰ Los acuerdos de Matignon otorgaban un aumento inmediato de los salarios de entre el 7 y el 15 por ciento. Entre 1926 y 1939, para el obrero calificado parisiense el salario real (deducidos el aumento de los precios y la inflación) progresó aproximadamente en un 60 por ciento. Cf. F. Sellier, *Les salariés en France*, París, PUF, 1979, pág. 67.

neos vivieron de este modo las vacaciones pagas; por lo menos, lo hicieron los que compartían el entusiasmo de esos momentos, pues no faltaron buenos espíritus que veían llegar el tiempo de la vergüenza, ya que se comenzaba a financiar la holgazanería y "los cerdos de gorra" invadirían las playas reservadas al gran mundo⁵¹.

¿Estamos atribuyendo una importancia exagerada a una medida a fin de cuentas modesta: el otorgamiento de algunos días por año de vacaciones pagas? De hecho, este episodio (la única "conquista social" de 1936 que no fue reconsiderada) permite ejemplificar la posición –que se podría calificar de *suspendida* y por lo tanto inestable– que ocupaba la clase obrera en la sociedad a fines de la década de 1930. Por un lado, después de una prolongada cuarentena, su condición se acercaba al régimen común. Las vacaciones pagas podían simbolizar ese acercamiento de dos condiciones y dos modos de vida que todo separaba. En ese breve tiempo de playa, la vida obrera adquiría una característica esencial de la existencia "burguesa": la libertad de elegir qué hacer o no hacer nada, porque la necesidad cotidiana de subsistir aflojaba su opresión. Algunos días por año, la condición obrera coincidía con la condición burguesa.

Pero al mismo tiempo subsistía con mucha fuerza un particularismo obrero vivido en la subordinación, que mantenía el antagonismo de clases. La hostilidad "burguesa" a las vacaciones pagas –hostilidad compartida [345] por los pequeños trabajadores independientes, los comerciantes, etcétera, por toda la Francia no asalariada– ponía de manifiesto la persistencia de esa escisión. Esa actitud reactivaba, suavizándolo apenas, el desprecio secular de las clases propietarias al "trabajador–que–no–trabaja" y sólo puede no estar ocupado porque padece una tara moral, y para una libertad robada al trabajo no encuentra otro empleo que saciar sus vicios, su holgazanería, su adicción al alcohol y su lujuria. Para el trabajador la única modalidad de existencia posible era el trabajo: ésta no era una tautología sino un juicio a la vez moral y social, compartido por todos los "bien pensantes", que encerraba para siempre al obrero en la realización de tareas materiales.

También del lado de los obreros la actitud con respecto a las vacaciones pagas dejaba traslucir la subsistencia del sentimiento de dependencia social. Distracciones sí, pero distracciones "populares". Orgullo de ser como los otros, pero con conciencia de que esa libertad, lejos de darse por sentada, tenía algo de milagro y en adelante había que merecerla, aprendiendo a hacer un buen uso de ella, incluso aprendiendo a divertirse. "La clase obrera ha sabido conquistar sus ocios, y ahora debe conquistar el uso de sus ocios", dijo Léo Lagrange⁵². La organización de las distracciones populares –una parte importante

⁵¹ Cf. H. Noguères, *La vie quotidienne en France au temps du Front populaire*, op. cit., que también habla de "revolución cultural" y describe el entusiasmo de los primeros viajes de vacaciones y las reacciones de la prensa "bien pensante" ante los "trenes de placer" organizados por Léo Lagrange para llevar al mar a los trabajadores y sus familias. Sutil desprecio del redactor del *Figaro*: "Después comen alegremente y de prisa unas salchichas sobre el canto rodado al pie del histórico Paseo [el Paseo de los Ingleses en Niza], y chapotean en el agua... La multiplicación de los trenes rojos en la Costa Azul está en marcha. Y, al mismo tiempo, son cada vez menos los trenes azules" (pág 156).

⁵² Citado en H. Noguères, *La vie quotidienne en France au temps du Front populaire*, op. cit., pág. 188. Para una exposición de conjunto de la obra de Léo Lagrange, "subsecretario de Estado de Deportes

y original de las realizaciones del Frente Popular– reflejaba esa preocupación de no caer en la ociosidad gratuita. Expresión a la vez de una fuerte conciencia de las diferencias de clase y de un cierto moralismo pragmático: el tiempo libre debe merecerse, y hay que llenarlo bien. Había que distinguirse de los ricos ociosos, que eran parásitos sociales. La cultura, el deporte, la salud, la cercanía con la naturaleza, las relaciones sanas (y no sexualizadas) entre los jóvenes, etcétera, debían ocupar el tiempo no destinado al trabajo. Nada de tiempo muerto; la libertad no era la anarquía ni el puro disfrute. Se debía proceder mejor que los burgueses, y trabajar en los ocios.

Más en profundidad, ese breve tiempo de libertad frágil remitía a su reverso, la permanencia del trabajo alienado que representaba la base sobre la que se erigía el estatuto social de la clase obrera. Los obreros de la gran industria fueron el motor de la obtención de las conquistas sociales de 1936⁵³. Ahora bien, las condiciones de trabajo en las fábricas ocupadas [346] en junio de 1936 derivaban en general de "la organización científica del trabajo" o sus equivalentes: los ritmos, el cronometraje, la vigilancia constante, la obsesión del rendimiento, la arbitrariedad de los patrones y el desprecio de los jefecillos. Basta con leer la obra de Simone Weil: contiene ya toda la temática del "trabajo en migajas" que signó los inicios de la sociología del trabajo⁵⁴. Pero esta relación de trabajo no respondía sólo a las exigencias tecnológicas de la producción, a la división de las tareas, la rapidez de los ritmos... Era una relación *social* de subordinación y desposeimiento, instaurada por mediación de la relación técnica de trabajo. Simone Weil insiste en esa "tenaza" de la subordinación⁵⁵ que caracterizaba la situación del obrero en el trabajo. Se lo destinaba a las tareas de ejecución. Todo lo que era concepción, reflexión, imaginación, quedaba fuera de su alcance. Ahora bien, como se trataba de una situación *social* y no sólo de una relación técnica de trabajo, esta condición de dependencia no se dejaba en el vestuario al salir de la fábrica. Al contrario: acompañaba en contrapunto mientras se estaba afuera, como lo cantó Yves Mon–tand en *Luna Park*. Sin duda, se puede decir con Alain Touraine que "la conciencia obrera es siempre orientada por una doble exigencia: crear obras y verlas reconocer socialmente como tales".⁵⁶ Pero se trata casi siempre de una conciencia desdichada: tanto en la fábrica como fuera de la fábrica, es la conciencia del déficit entre la importancia del rol del trabajador-productor en la fuente de creación de la riqueza social, y el reconocimiento, o más bien el no-reconocimiento, que le otorga la colectividad. Lo que

y Tiempo Libre", cf. J. –L. Chappat, *Les chemins de l'espoir: combats de Leo-Lagrange*, Paris, Éditions des fédérations Léo Lagrange, 1983.

⁵³ Las primeras fábricas objeto de ocupaciones fueron las metalúrgicas y las aeronáuticas, es decir las sedes industriales más "modernas". Sobre los cambios que se produjeron en el movimiento obrero desde el inicio de la década del 30, que llevaron al primer plano a los obreros de las grandes industrias en detrimento de los sectores vinculados a las tradiciones artesanales y de los agentes del Estado, cf. G. Noiriel, *Les ouvriers dans la société française, op. cit.*, cap. 5. Sobre las transformaciones producidas en el seno de la CGT propiamente dicha (reunificada en 1935), cf. A. Prost, *La CGT à l'époque du Front populaire, 1934-1939*, Paris, A. Colin, 1964.

⁵⁴ Cf. G. Friedmann, *Le travail en miettes*, Paris, Gallimard, 1963.

⁵⁵ S. Weil, *La condition ouvrière, op. cit.*, pág. 242.

⁵⁶ A. Touraine, *La conscience ouvrière*, Le Seuil, 1966, pág. 242.

teja el destino de los obreros era esta relación entre una situación de dependencia en los lugares de trabajo, y una posición socialmente desvalorizada: "Ninguna intimidad ligaba a los obreros con los lugares y los objetos entre los cuales se agotaba su vida y, en su propio país, la fábrica los convertía en extranjeros, exiliados, desarraigados".⁵⁷

Por cierto, esta contradicción era particularmente visible en la situación de los obreros de la gran industria, sometidos a las formas modernas de racionalización del trabajo, y ellos eran minoritarios en la clase obrera.⁵⁸ Pero dicho fenómeno no hacía más que llevar al límite una característica [347] general de la condición de los trabajadores: la conciencia del rol socialmente subordinado que se le reconocía al trabajo manual. Esta concepción del trabajo obrero, reducido exclusivamente a las tareas de ejecución, indispensables pero sin ninguna dignidad social, parecía evidente de por sí y valer para todas las formas de trabajo manual. Esa era la tesis central del primer análisis con pretensiones científicas de la condición obrera:

La situación del obrero contrasta con la del empleado o el funcionario que, igual que él, no son comerciantes, pero a los cuales se retribuye, al mismo tiempo que el trabajo, la antigüedad en el servicio, las cualidades intelectuales o morales. [...] Al trabajo obrero sólo se le retribuyen las operaciones mecánicas y casi maquinales, porque el obrero debe abstenerse de toda iniciativa y apuntar sólo a convertirse en un útil seguro y bien adaptado a una tarea simple o compleja, pero siempre monótona.⁵⁹

Era bien sabido que el obrero no pensaba, y la sociología naciente trató incluso de demostrar que no podía pensar. Veremos que ésta fue aun la idea directriz de la monumental síntesis que François Simiand dedicó al salariado en 1932.⁶⁰ El trabajo obrero seguía siendo definido como el estrato inferior de trabajo, el más grosero desde el punto de vista técnico, y el menos digno desde el punto de vista social.

Los obreros no necesariamente compartían esta concepción del trabajo, presentada tanto por las construcciones eruditas de la sociología y la economía como por las imágenes de las clases dominantes. Desde sus orígenes, el movimiento obrero afirmó la dignidad del trabajo manual y su preeminencia social como verdadero creador de la riqueza (éste había sido ya el *leitmotiv* de *L'Atelier*, compuesto y publicado por los propios obreros entre 1840 y 1850). Más tarde se les atribuirá incluso un carácter heroico a ciertas figuras obreras, como la del minero o el metalúrgico, portadoras de una concepción prometeica del mundo.⁶¹ Pero esa exaltación del trabajo no suprimía el sentimiento de dependencia. Era incluso esa coexistencia de la afirmación de dignidad y una experiencia de desposeimiento lo que se encontraba en el principio de la conciencia de clase. [348] Esta conciencia obrera

⁵⁷ S. Weil, *La condition ouvrière*, op. cit., pág. 34.

⁵⁸ En 1936, las 350 empresas más grandes ocupaban a 900.000 obreros (H. Noguères, *La vie quotidienne au temps du Front populaire*, op. cit., pág. 97). Los establecimientos de más de 500 asalariados daban trabajo a aproximadamente la tercera parte de los 5,5 millones de asalariados de la industria (cf. F. Sellier, *Les salariés en France*, Paris, PUF, 1975).

⁵⁹ M. Halbwachs, *La classe ouvrière et les niveaux de vie*, Paris, 1912, pág. 121 y pág. 118.

⁶⁰ F. Simiand, *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, 3 tomos, Paris, 1932.

⁶¹ Para un prototipo de esta literatura, cf. A. Stil, *Le mot mineur, camarade*, Paris, 1949.

se forjó en el conflicto, a partir de la percatación colectiva del hecho de que ellos, los obreros, eran despojados de los frutos de su trabajo. De modo que la propia postura reivindicativa implicaba la conciencia de la subordinación. El hecho de sentirse dependiente era el motor de la lucha para recobrar la dignidad social del trabajo, "alienado" por la organización capitalista de la producción.

De modo que el lugar de la condición obrera en la sociedad de la década de 1930 podría caracterizarse como una *relativa integración* en la subordinación. Hemos subrayado los factores de pertenencia: seguros sociales, derecho del trabajo, beneficios salariales, acceso al consumo de masas, relativa participación en la propiedad social e incluso ocios. El rasgo común de estos logros consiste en que contribuían a *estabilizar* la condición obrera creando distancia con la inmediatez de la necesidad. En tal sentido, la condición obrera difería mucho de la condición proletaria de los inicios de la industrialización, signada por una vulnerabilidad incesante. También en este sentido se puede hablar de integración: la clase obrera fue "repatriada" desde la posición de cuasi exclusión que ocupaba entonces, en el margen extremo de la sociedad.

No obstante, esa "repatriación" se inscribía en un marco con rasgos todavía dualistas. Entendámoslo bien: una sociedad todavía dualista, pero no dual. Una sociedad dual es una sociedad de exclusión en la cual ciertos grupos no tienen nada y no son nada, o poco menos. En el modelo al que me refiero aquí coexisten las separaciones y las interdependencias, prevalecen relaciones de dominación que sin embargo no corresponden a las situaciones en las que los subordinados quedan abandonados a sí mismos. Pero esta coexistencia de *independencia en la dependencia* mantiene la sensación de una oposición global de intereses entre dominadores y subordinados. Este tipo de estructura social es vivido a través de la bipolaridad de "ellos" y "nosotros", tan bien caracterizada por Richard Hoggart⁶². "Nosotros" no somos zombis, tenemos dignidad, derechos, nuestras formas de solidaridad y organización. Se nos debe respetar: el obrero no es un doméstico, no está totalmente bajo el imperio de la necesidad ni a merced de la arbitrariedad de un amo. Orgullo del obrero que siempre preferirá arreglárselas con lo que gana, y no mendigar ayuda: "nosotros" nos ganamos la vida. Pero "ellos" son totalmente distintos. "Ellos" tienen la riqueza, el poder, el acceso a la verdadera cultura y a una multitud de bienes de los que nosotros no veremos nunca ni siquiera el color. "Ellos" son pretenciosos y *snoobs*, y hay que desconfiar incluso cuando dicen que quieren nuestro bien, por su astucia y porque pueden manejar hilos que nunca estarán a nuestro alcance.

[349] La conciencia de esa división era mantenida por las experiencias de la clase obrera en los principales sectores de la vida social: el consumo, la vivienda, la educación, el trabajo. Hemos señalado que el consumo no se reducía ya a la satisfacción de las necesidades elementales de la subsistencia, y que la clase obrera accedió a un "consumo de masas". Pero la parte dedicada a la alimentación en los presupuestos obreros era todavía del 60 por ciento en la década de 1930 (había sido de más del 70 por ciento en 1856, y del 65 por

⁶² R. Hoggart, *La culture du pauvre*, trad. franc. París, Éditions de Minuit, 1970.

ciento en 1890)⁶³. Tanto Maurice Halbwachs como Veblen han señalado las consecuencias antropológicas de la afectación de la mayor parte del presupuesto al consumo alimentario: el debilitamiento de los gastos que no tienen por finalidad la reproducción biológica amputa la participación en la vida social⁶⁴. Los análisis de estos autores datan de 1912, pero la situación no había cambiado sustancialmente veinticinco años más tarde: desde el fin del siglo XIX hasta la década de 1930, la parte de los gastos no alimentarios en los presupuestos obreros sólo creció en 5 puntos.

La vivienda popular tampoco era ya exactamente "la casa infernal" del siglo XIX, descrita por Michel Verret, pero la insalubridad y el amontonamiento seguían caracterizando los tugurios. Según una encuesta de 1926, en París, un habitante de cada cuatro disponía de menos de media habitación, y las horribles "habitaciones amuebladas" albergaban aún a 320.000 personas. La situación no mejoró pronto: a fines de la década de 1930, en Francia se construían apenas 70.000 viviendas por año, contra las 250.000 que se creaban en Alemania⁶⁵. El urbanismo de las "ciudades jardín" seguía limitado a algunas municipalidades socialistas o radicales, y eran excepcionales las experiencias del tipo de la "ciudad radiante" a la manera de Le Corbusier. Por otra parte, estaban más relacionadas con los empleados y las clases medias nacientes que con los obreros⁶⁶.

En cuanto a la instrucción, sólo en 1931 se llegó a la gratuidad de la enseñanza secundaria. Entre 1880 y 1930 se mantuvo constante un promedio de 110.000 alumnos secundarios⁶⁷. Esto significaba que los hijos de las clases populares no salían de las filas "primarias". El tema del peligro de una educación excesiva que "desarraigara" al pueblo es una constante de la [350] literatura de la época⁶⁸. Jean Zay, ministro del Frente Popular, prolongó hasta los catorce años la escolaridad obligatoria, e intentó imponer una clase de orientación y un tronco común para todos los alumnos. Pero la "democratización" (relativa) de la enseñanza no se logró hasta la década de 1950.

Con relación al empleo, hemos subrayado la dependencia social de los obreros en los lugares de trabajo. Pero, además, durante la década de 1930 aún prevalecía en el mercado de trabajo una movilidad hecha de incertidumbre, bajo la amenaza del despido, contra el cual no protegía la legislación laboral. Los contratos por tarea, por hora o por día eran los más frecuentes. A menudo no había contrato escrito ni estipulación previa de la duración contractual. El obrero se iba o el empleador lo despedía, en ambos casos con una facilidad sorprendente.⁶⁹ Existía evidentemente la amenaza del desempleo, que la crisis de principio

⁶³ R. Boyer, "Les salaires en longue période", *Économie et statistiques*, n° 103, septiembre de 1978, pág. 45. Solamente a fines de la década de 1950 la parte dedicada a la comida en los presupuestos obreros bajó del 50 por ciento.

⁶⁴ M. Halbwachs, *La classe ouvrière et les niveaux de vie*, op. cit., cf. E. Veblen, *The Theory of the Leisure Class*, Londres, 1924.

⁶⁵ Cf. J.-P. Flamand, *Loger le peuple. Essai sur l'histoire du logement social*, Paris, La Découverte, 1989.

⁶⁶ L. Haudeville, *Pour une civilisation de l'habitat*, Paris, Editions ouvrières, 1969.

⁶⁷ Cf. A. Prost, *Histoire de l'enseignement en France, 1800/1967*, Paris, A Colin, 1968.

⁶⁸ Desde M. Barres, *Les déracinés*, París, 1897.

⁶⁹ Cf. R. Salais "La formation du chômage comme catégorie", loc. cit. Véase un testimonio

de la década de 1930 acababa de reactivar. Los inmigrantes la sufrieron frontalmente: fueron expulsados 600.000 de casi 2 millones de extranjeros que habían ido a instalarse a Francia después de la punción demográfica debida a la Gran Guerra. Pero los autóctonos no quedaron a salvo. En 1936 se censaron cerca de un millón de desempleados⁷⁰. El momento del Frente Popular fue también este período de inestabilidad económica y social, a la cual iba a sucederle muy pronto el drama de la derrota bélica.

Finalmente, ya hemos insistido en que el dispositivo del seguro obligatorio demostraría ser decisivo para conjurar la vulnerabilidad obrera. Pero en la década de 1930 apenas comenzaba a hacer sentir sus efectos. Las jubilaciones obreras eran irrisorias, y el período de capitalización y la mortalidad obrera determinaron que hubiera menos de un millón de beneficiarios⁷¹. En esa década de 1930 los obreros ancianos que debían recurrir a la asistencia para sobrevivir eran casi tan numerosos como los que podían beneficiarse con prestaciones sociales obligatorias.⁷²

La asociación de estos rasgos demuestra la persistencia de un fuerte particularismo obrero. Nivel de vida, nivel de instrucción, modos de vida, relación con el trabajo, grado de participación en la vida social, valores [351] compartidos, eran factores que dibujaban una configuración específica, la cual constituía a la condición obrera como clase social. Ya no era esa "casta flotante [...] extravasada en la nación", evocada por Lamartine en la primera fase de la industrialización (cf. el cap. 5). Pero "el aislamiento social y cultural de los obreros seguía siendo lo bastante grande como para que se establecieran relaciones de clase entre sus unidades sociales que todavía constituían grupos reales"⁷³. Sin duda hay que desconfiar de las descripciones –que toman hoy en día una tonalidad nostálgica– de la vida obrera con sus solidaridades y su moral, sus placeres simples y sus formas intensas de sociabilidad. Pero sigue siendo cierto que, tanto por el lugar subordinado que ocupaba en la jerarquía social como por su cohesión interna, el mundo obrero aparecía a la vez formando parte de la nación y organizado en torno de intereses y aspiraciones propios.

Esta situación demuestra hasta qué punto era aún inestable el modelo de integración de esa década, que además prevaleció hasta los años '50. Esa clase obrera, ¿no se había vuelto demasiado consciente de sus derechos (o demasiado ávida, dirán sus adversarios), y también demasiado combativa, como para que se perpetuara su dependencia? Esa coyuntura incierta podría desembocar en dos tipos de transformación: una consecución de "logros sociales" que erosionarían progresivamente la distancia entre "ellos" y "nosotros", o bien la toma del poder por la clase obrera organizada. Para simplificar: reformas o

autobiográfico sobre la existencia obrera en la época, en R. Michaud, *J'avais vingt ans*, Paris, Editions syndicalistes, 1967, que muestra la permanencia de la movilidad profesional y del carácter "lábil" de la relación con el empleador.

⁷⁰ Cf. J.-J. Carré, P. Dubois, E. Malinvaud, *La croissance française*, Paris, Le Seuil, 1972. Los desempleados representaban entonces un 8,5 por ciento de los asalariados, y el 4,5 por ciento de la población activa (F. Sellier, *Les salariés en France*, Paris, PUF, 1979, pág. 87).

⁷¹ Cf. A. Prost, "Jalons pour une histoire des retraites et des retraités", *loc. cit.*

⁷² A. –M. Guillemard, *Le déclin du social*, Paris, Le Seuil, 1986.

⁷³ A. Touraine, *La conscience ouvrière*, *op. cit.*, pág. 215.

revolución. Tal podría ser la reformulación de la cuestión social a fines de la década de 1930.

Se trataba menos de dos vías antagónicas que de dos opciones que se desprendían de una misma base de prácticas, de una misma condición. La clase obrera ya no estaba en la situación de "no tener nada que perder más que sus cadenas". De allí la consolidación, en el movimiento obrero, "de un principio positivo de objetivos que había que defender y alcanzar"⁷⁴. Ese realismo iba en el sentido de la consolidación de un reformismo que ya había demostrado su eficacia con logros importantes. Pero esto no implicaba necesariamente el final del mesianismo obrero. En el imaginario militante, 1936, junto a 1848 y la Comuna de París, se ubicó entre los momentos fundadores durante los cuales se perfiló la posibilidad de una organización alternativa de la sociedad. La "generación" que se puso de pie en 1936 iba a atravesar la ocupación en la Resistencia y animaría luchas sociales muy duras después de la Liberación, constituyendo el núcleo, principalmente en la CGT, de una actitud clasista combativa⁷⁵.

[352] Además de que no le faltaban enemigos. La otra rama de la alternativa estaba representada por la amenaza fascista y por una Francia conservadora que (como en 1848 o en 1871) esperaba su revancha. Basta con recorrer la prensa de la época para comprender hasta qué punto fue un período de antagonismos políticos y sociales agudos. El 5 de mayo de 1936, Henri Béraud, en *Gringoire*, trató de movilizar el miedo del francés medio a la amenaza de "los rojos": "Mi muchacho, a ti te gustan tu café, tus amigos, tu autito, tu boleta electoral, tus periódicos abigarrados con sátiras y noticias varias. Y bien, amigo, tendrás que decirle adiós a todo eso"⁷⁶. Y desde el otro lado, cuando a principios de 1938 fue consumándose la derrota del Frente Popular en el plano político, Paul Faure escribió en *Le Populaire*, órgano oficial del Partido Socialista: "Negar la lucha de clases equivale a negar la luz del día".⁷⁷

La destitución

No obstante, la clase obrera no fue derrotada en una lucha frontal, como, por ejemplo, los obreros parisienses en junio de 1848. Por cierto, habría mucho que decir sobre las peripecias del período de la Ocupación y acerca de la participación de una parte de la clase obrera en la Resistencia; mucho podría decirse sobre el contexto de la Liberación, de las huelgas casi insurreccionales de 1947 y de las luchas contra "el imperialismo norteamericano", y también sobre el encarnizamiento de la CGT y el Partido Comunista en mantener, por lo menos verbalmente, una postura revolucionaria: éstos fueron episodios de un enfrentamiento social cristalizado en la década de 1930 y que subsistiría hasta la década del '60. Pero esta postura de oposición radical fue erosionándose progresivamente porque, por debajo de las vicisitudes políticas, la estaba socavando una transformación de

⁷⁴ *Ibíd.*, pág. 353.

⁷⁵ Cf. G. Noiriel, *Les ouvriers dans la société française*, *op. cit.*, cap. 6.

⁷⁶ Citado en P. Reynaud, *Mémoires*, t. II, París, Flammarion, 1963, pág. 51.

⁷⁷ *Ibíd.*, pág. 151.

naturaleza sociológica. La clase obrera fue destituida de la posición de punta de lanza que ocupaba en la promoción del sector asalariado. Esquematizando la transformación que se produjo en unos cuarenta años (desde la década de 1930 hasta la de 1970), diríamos que el "particularismo obrero" no fue abolido, pero dejó de desempeñar el papel de "atractor"⁷⁸ que había sido el suyo en el proceso de constitución de la sociedad industrial. El sector asalariado obrero fue literalmente vaciado [353] de las potencialidades históricas que le asignaba el movimiento obrero. La condición obrera no había generado otra forma de sociedad, sino que sólo se había inscrito en un lugar subordinado de la sociedad salarial. ¿Cuáles son los procesos que subtendieron esa transformación?

Hasta principios de la década del '30, era patente la cuasi sinonimia entre "sector asalariado" y "sector asalariado obrero". François Simiand, en su obra de 1932, que quería ser una suma sobre el salario, lo confirma pura y simplemente:

En el uso corriente, nos parece que la denominación "salario" se aplica en sentido propio, de manera a la vez general y característica, a la categoría de los obreros, distinguidos de los domésticos en la agricultura, de los empleados en el comercio o la industria y también la agricultura, de los jefes de servicio, de explotación, e ingenieros y directores en todas las actividades.⁷⁹

En efecto, sólo la clase obrera producía "una prestación de puro trabajo", lo que constituía "un marco económico distinto".⁸⁰ Pero, ¿qué es "una prestación de puro trabajo"? Un trabajo puramente manual, sin duda, pero también se trabajaba con máquinas, y Simiand se ve obligado a introducir un matiz: el obrero alquilaba "un trabajo manual, o por lo menos un trabajo cuya parte manual era esencial".⁸¹ Se trataba también de pura ejecución, pero, los empleados, ¿no suelen ser también puros ejecutantes? Simiand presenta otro correctivo que deja traslucir su turbación: el empleado "alquila un trabajo no manual, o por lo menos un trabajo cuyo efecto material no es esencial".⁸² ¿Y los jefes de servicio, ingenieros, directores, que no eran propietarios de sus empresas? También ellos proporcionaban exclusivamente una "prestación en trabajo". ¿Por qué negarles el estatuto de asalariados? Pero, para Simiand, no corresponde ni hablar de ello.

En realidad, Simiand está en una posición defensiva, y ya en vías de declinación, que remitía al modelo de sociedad de los inicios de la industrialización, caracterizada por la preeminencia de las tareas de transformación directa de la materia. Ahora bien, el proceso

⁷⁸ Tomo la palabra "atractor" de Luc Boltanski, *Les cadres, la formation d'un groupe social*, París, Éditions de Minuit, 1982, pág. 152, quien califica de ese modo el rol dominante desempeñado por un grupo social en la reorganización de un campo profesional. Se podría decir que los asalariados obreros tuvieron al principio ese papel en la estructuración del sector de los asalariados antes de ser reemplazados por los empleados de clase media.

⁷⁹ F. Simiand, *Le salaire, révolution sociale et la monnaie*, op. cit., t. I, pág. 151. Por esa razón, la remuneración de las otras formas de trabajo debía llevar otros nombres: "sueldo", "paga", "emolumento", "indemnización", etcétera, pero no "salario".

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 173.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 171.

⁸² *Ibid.*, pág. 171

de diferenciación del sector asalariado estaba ya francamente en marcha desde principios de la década. Fue relativizando progresivamente la gravitación de los asalariados obreros y, por lo tanto, el de la condición obrera en la organización [354] del trabajo. El sentido de estas transformaciones no se advertirá hasta 1975, fecha que puede tomarse para marcar la apoteosis de la sociedad salarial.⁸³

En primer lugar, hubo un crecimiento masivo de la proporción de los asalariados en la población activa: eran menos de la mitad (el 49 por ciento) en 1931, y cerca del 83 por ciento en 1975. En valores absolutos, incluyendo a los obreros agrícolas, el número de trabajadores manuales decreció de 9.700.000 a 8.600.000; en cambio, el total de obreros no-agrícolas aumentó ligeramente, de 7.600.000 a 8.200.000. Pero la transformación esencial de la composición de la población activa fue el aumento de *los asalariados no obreros*. Eran 2,7 millones en 1931, y 7,9 millones en 1975: casi tantos como los obreros, y después los superaron ampliamente. También eran considerables las transformaciones *internas* de este grupo. Aunque los datos estadísticos con que se cuenta no permiten comparaciones de una precisión absoluta (por ejemplo, en la década del '30, si bien había aproximadamente 125.000 "expertos y técnicos", no existían las categorías de "ejecutivos medios y superiores"), se puede afirmar que la gran mayoría de los asalariados no-obreros eran empleados inferiores de los sectores público y privado, cuyo nivel, si bien considerado más alto que el de los obreros, en general seguía siendo mediocre. En 1975 los "simples empleados" representaban menos de la mitad de los asalariados no-obreros, frente a 2.700.000 "ejecutivos medios" y 1.380.000 "ejecutivos superiores": fueron estos grupos, representantes de una clase asalariada de gama alta, los que tuvieron el crecimiento más considerable.⁸⁴

Los cambios registrados en las estadísticas traducen una transformación esencial de la estructura del salario. Si bien el número de asalariados obreros se mantuvo aproximadamente constante, su posición en esta estructura [355] salarial sufrió una *degradación* fundamental. En primer lugar, porque podríamos decir que la clase obrera perdió el estrato salarial inferior a ella en estatuto social, salario y condiciones de vida. A

⁸³ En general, se ubica en 1973 la "crisis" a partir de la cual comenzó a degradarse la condición salarial. Pero, además de que transcurrió un cierto tiempo hasta que empezaran a sentirse los primeros efectos (por ejemplo, el desempleo sólo aumentó significativamente en 1976), 1975 es una fecha cómoda porque numerosos informes estadísticos la retienen como un momento de viraje. Así, se advierte que ese año alcanzó su punto máximo la población obrera en Francia. En adelante decrecería regularmente.

⁸⁴ Aquí, y en las páginas siguientes, salvo mención contraria, hemos utilizado, como fuentes principales, L. Thévenot "Les catégories sociales en 1975. L'extension du salariat", *Économie et statistiques*, n° 91, julio-agosto de 1977; C. Baudelot, A. Lebaupin, "Les salaires de 1950 a 1975", *Économie et statistiques*, n° 113, julio-agosto de 1979; F. Sellier, *Les salariés en France*, Paris, PUF, 1979; M. Verret, *Le travail ouvrier*, Paris, A. Colin, 1988; F. Sellier, "Les salariés, croissance et diversité", y M. Verret, "Classe ouvrière, conscience ouvrière", en J.-D. Reynaud, Y. Graffmeyer, *Français, qui êtes-vous?*, Paris, La Documentation française, 1981. Debido a la falta de fuentes homogéneas, la fecha de referencia para la década de 1930 puede variar entre 1931 y 1936, pero los efectos de esta disparidad son mínimos para la argumentación general.

principios de la década del '30, los obreros agrícolas representaban aún la cuarta parte de los trabajadores manuales (en 1876 eran más de la mitad). En 1975, prácticamente habían desaparecido (375.000). Desde ese momento, la clase obrera quedó en la base de la pirámide salarial y, de hecho, en la base de la pirámide social.⁸⁵ En cambio, por encima de ella se desarrollaron no sólo un sector de asalariados empleados (el cual a menudo no era más que un "proletariado de cuello blanco",⁸⁶ según la expresión consagrada), sino también, y sobre todo, un asalariado "burgués". Los asalariados obreros corrían el riesgo de quedar ahogados en una concepción cada vez más amplia del salariado, y aplastados al mismo tiempo por la proliferación de situaciones salariales siempre superiores a la suya. En todo caso, se los había desposeído del papel de "atractor" que pudieron desempeñar en la constitución del sector asalariado.

El análisis de la promoción del sector asalariado entre las décadas de 1930 y 1970 confirma esta progresiva destitución de la clase obrera. Luc Boltanski ha señalado la dificultad con que comenzó a imponerse un "sector asalariado burgués", con una lógica de la distinción que ahondaba las diferencias con los asalariados obreros. Se desarrolló entonces un nuevo episodio de la oposición entre el trabajo asalariado y la propiedad, [356] que ya había signado al siglo XIX en el momento de las discusiones sobre el seguro obligatorio: la fuerza de la tradición hacía difícil pensar en posiciones respetables que no se basaran en la propiedad o en un capital social ligado a los "oficios" y a las profesiones liberales. Se asistió entonces a curiosos esfuerzos para fundar la respetabilidad de las nuevas posiciones salariales en un "patrimonio de valores que son de hecho los valores de las clases medias: el espíritu de iniciativa, el ahorro, la herencia, una modesta holgura, la vida sobria, el respeto".⁸⁷ La situación era tanto más confusa cuanto que muchas de esas

⁸⁵ El crecimiento del sector de los asalariados industriales tenía dos fuentes principales: la reducción de las profesiones independientes y el éxodo rural. Sobre este último punto, cf. F. Sellier, *Les salariés en France, op. cit.*, págs. 10 y sigs., quien insiste en la fuerte resistencia del campesinado a la atracción de la ciudad y la industria (en 1946, la población agrícola activa era prácticamente tan numerosa como en 1866). En consecuencia, al principio fueron los obreros agrícolas, más bien que los explotadores de tierras, quienes dejaron el campo, y también los niños más que los adultos, pero los hijos de asalariados más que los hijos de explotadores de tierras. De modo que, para estos obreros agrícolas y sus hijos, el acceso a la clase obrera pudo representar durante mucho tiempo una relativa promoción social. Pero cuando ese reclutamiento se agotó, la condición obrera quedó en la última de las posiciones: aquella en la cual se permanecía cuando uno no podía "elevarse", o en la cual se caía en virtud de una movilidad descendente.

⁸⁶ Sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, el mundo de los empleados fue afectado por la racionalización del trabajo: el trabajo de oficina se mecanizó (la máquina de escribir había aparecido a principios de siglo), se especializó, se colectivizó e incluso se feminizó, lo que siempre indica una pérdida de estatuto social. Como muchos obreros, el empleado de los grandes almacenes o de las oficinas de fábrica perdió la polivalencia que tenía el empleado clásico del tipo del pasante de notario, una especie de subcontratista de su empleador.

⁸⁷ Abate J. Lecordier, *Les classes moyennes en marche*, París, 1950, pág. 382, citado por L. Boltanski, *Les cadres, la formation d'un groupe social, op. cit.*, pág. 101, quien observa la característica "rezagada" de este texto de 1950, redactado en el mismo tono que la literatura de la década de 1930 destinada a justificar la realidad de una "clase media" (por ejemplo, A. Desquérat, *Classes moyennes françaises*,

posiciones salariales de gama alta fueron al principio ocupadas por hijos de familia poseedores de un patrimonio. ¿Tenían respetabilidad por su ocupación o por su herencia? Estas dos dimensiones eran difíciles de disociar. La siguiente es una ilustración de la fuerza de estos obstáculos tradicionales para pensar en un asalariado plenamente "burgués": en 1937, la Corte de Casación se negó a reconocer como "accidentado de trabajo" a un médico: un profesional "no puede mantener una relación de subordinación" con el director del hospital. De modo que ese médico que se había herido trabajando no era un asalariado del establecimiento público que lo empleaba.⁸⁸

Resulta significativo que el primer grupo profesional "respetable" que se reivindicó como asalariado haya sido el de los ingenieros. También importa que esa iniciativa se tomara en 1936: el Sindicato de los Ingenieros Asalariados se creó el 13 de junio de ese año.⁸⁹ De tal modo se afirmaba una posición "media" entre los patrones y los obreros, sin duda con el propósito de aprovechar las ventajas sociales logradas por la clase obrera, pero diferenciándose de ella. En todo caso, esa actitud será perfectamente clara después de la guerra. La Confederación General de Ejecutivos dedicará entonces una parte importante de su actividad a reivindicar a la vez una ampliación de la jerarquía de los salarios, y un régimen de jubilación específico, que evitara todo riesgo de confusión con "las masas" obreras.

Si bien los ingenieros fueron sin duda la punta de lanza de la promoción de un grupo asalariado "burgués", estaban muy lejos de representar al conjunto de los ejecutivos de la industria. Desde su fundación, a fines [357] de 1944, la Confederación General de Ejecutivos intentó un reclutamiento amplio. Definía como ejecutivo a todo agente de una empresa pública o privada investido de algún grado de responsabilidad, lo que incluía a los capataces. Por su parte, los sindicatos obreros se vieron obligados a crear estructuras especiales para acoger a "ingenieros y ejecutivos": la CFTC en 1944 (Federación Francesa de los Sindicatos de Ingenieros y Ejecutivos), y la CGT en 1948 (Unión General de los Ingenieros y Ejecutivos).⁹⁰

Paralelamente a esta transformación de la estructura salarial de las empresas, el desarrollo de actividades "terciarias" generó la proliferación de un grupo asalariado no obrero: multiplicación de los servicios en el comercio, los bancos, las administraciones de colectividades locales y del Estado (sólo la educación nacional contaba con cerca de un millón de agentes en 1975), apertura de nuevos sectores de actividad, como la comunicación, la publicidad...⁹¹ La mayoría de estas actividades eran asalariadas. También

crise, programme, organisation, París, 1939).

⁸⁸ Citado por L. Boltanski, *Les cadres, la formation d'un groupe social*, op. cit., pág. 107

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 106.

⁹⁰ *Ibid.*, págs. 239 y sigs.

⁹¹ La distinción entre actividades primarias (agrícolas), secundarias (industriales) y terciarias (los servicios) fue introducida por C. Clark, *The Conditions of Economic Progress*, Londres, Macmillan, 1940, y difundida en Francia por Jean Fourastié. El desarrollo económico y social se traducía en un desarrollo de las actividades terciarias. Pero, además del sector terciario comercial y el sector terciario administrativo, se podía identificar un "sector terciario industrial", que estaba adquiriendo

la mayoría superaba en ingresos y en prestigio al salariado obrero. En 1951, Michel Collinet describió una "clase media asalariada" ya muy compleja, que abarcaba a ciertos empleados, a los funcionarios medios, los jefes de oficina, los ejecutivos, los capataces, los técnicos, los ingenieros...⁹²

La condición obrera no sólo había quedado rodeada y superada por una gama de actividades salariales en diversificación creciente, sino que también peligraba su coherencia interna. En 1975 había aproximadamente un 40 por ciento de obreros calificados, un 40 por ciento de obreros especializados y un 20 por ciento sin calificación. El porcentaje de mujeres creció hasta alcanzar el 22,9 por ciento de la población obrera, sobre todo en los empleos subcalificados (el 46,6 de los obreros no calificados eran mujeres). Cerca de un obrero cada cinco era inmigrante. El desarrollo del sector público (la cuarta parte del conjunto de los asalariados) reforzaba otro tipo de división: los obreros del Estado, de las comunidades locales y las empresas nacionalizadas se beneficiaban en general con un estatuto más estable que el del sector privado. El tema de *la segmentación del mercado de trabajo*, es decir la distinción entre los núcleos protegidos y los trabajadores [358] precarios, hizo su aparición a principios de la década de 1970.⁹³ Sin duda, la unidad de la clase obrera nunca se había logrado; hacia 1936, las disparidades entre las diferentes categorías de trabajadores, en cuanto a su calificación, su estatuto público o privado, su nacionalidad, su implantación en grandes fábricas o pequeñas empresas, etcétera, no eran seguramente más pequeñas. Pero en ese momento parecía actuar un proceso de unificación, a través de la toma de conciencia de los intereses comunes y de la oposición al "enemigo de clase". Ahora bien, por razones que más adelante examinaremos, en la década de 1970 esta dinámica pareció quebrarse, dejando la condición obrera librada a sus disparidades "objetivas".⁹⁴

Otro cambio, subrayado con menos frecuencia, tiene sin duda una importancia aún mayor para explicar las transformaciones de la condición obrera a lo largo del tiempo. Una investigación de 1978 (pero el movimiento comenzó mucho antes), que abordaba entre otros temas "el tipo de trabajo principalmente efectuado" por los obreros, constató que los que se dedicaban a tareas de fabricación sólo representaban poco más de un tercio de la población obrera.⁹⁵ En otras palabras, la mayoría de los obreros se dedicaba a tareas que

una importancia creciente. Se trataba de categorías de empleo del sector industrial que no son directamente productivas, como los dactilógrafos, los contadores...

⁹² M Collinet, *L'ouvrier français, essai sur la condition ouvrière*, París. Editions ouvrières, 1951, 2º parte, cap. 4.

⁹³ En realidad, el tema surgió en Estados Unidos en la década de 1960, y encontró su audiencia en Francia en los años '70; cf. M. J. Piore, "On the Job Training in the Dual Labour Market", en A. R. Weber (comp.), *Public and Private Manpower Policies*, Madison, 1969, y M. J. Piore, "Dualism in the Labour Market", *Revue économique*, nº1, 1978.

⁹⁴ Hago mía la tesis central de E. P. Thompson, según la cual una clase social no es sólo un "dato" o una colección de datos empíricos, sino que "se construye" en una dinámica colectiva forjada en el conflicto (cf. E. P. Thompson, *La formation de la classe ouvrière anglaise, op. cit.*).

⁹⁵ A. -F. Moliné y S. Volkoff, "Les conditions de travail des ouvriers et des ouvrières", *Économie et statistiques*, nº 118, enero de 1980. Ese cambio estaba muy ligado a la declinación de las formas

podrían denominarse "infraproductivas", del tipo del mantenimiento, la entrega, el embalaje, la custodia, etcétera, o actividades más próximas a la concepción y la reflexión que a la ejecución, como el control y el ajuste de máquinas, los ensayos de laboratorios, entrevistas, estudios, organización del trabajo.

Este era un cambio considerable, si no con relación a la realidad de todas las formas del trabajo obrero, al menos en cuanto a la representación dominante que se le había asignado en la sociedad industrial. En ésta, el obrero aparecía como el *homo faber* por excelencia, el que transformaba directamente la naturaleza mediante su trabajo. El trabajo productivo se [359] materializaba en un objeto fabricado. Tanto para la tradición de la economía política inglesa como para el marxismo, el trabajo era esencialmente la producción de bienes materiales, útiles, consumibles.⁹⁶ Esta actividad de fabricación se prestaba, por otra parte, a dos lecturas contrastantes. Para Halbwachs, por ejemplo, explicaba el carácter limitado de la condición obrera, que "sólo se encuentra en relación con la naturaleza y no con los hombres, queda aislada frente a la materia, tropieza sólo con fuerzas inanimadas". Por ello la clase obrera se asemejaba "a una masa mecánica e inherte".⁹⁷ Marx, por el contrario, consideraba que esa actividad de transformación de la naturaleza era la propia del hombre, la fuente de todo valor, y constituía por lo tanto el fundamento del rol demiúrgico que él le atribuyó al proletariado. Pero es probable que tanto uno como otro (lo mismo que Simiand, según ya lo hemos visto) se refirieran a la concepción del trabajo obrero prevaleciente a principios de la industrialización, y que comenzó a volverse obsoleta con el progreso de la división de las tareas. El trabajo obrero dejó de ser el paradigma de la producción de "obras".⁹⁸

Estas transformaciones profundas, tanto del trabajo obrero como del lugar que ocupaba en el seno del sector asalariado, no podían dejar de trastornar la concepción del rol atribuido a la clase obrera en la sociedad industrial. ¿Podían los obreros conservar la centralidad que les otorgaban a la vez quienes exaltaban su papel revolucionario y quienes los percibían como una amenaza para el orden social? El debate se planteó a fines de la década de 1950, y Michel Crozier fue uno de los primeros en proclamar que "la era del proletariado [había] terminado": "Una fase de nuestra historia social debe cerrarse definitivamente, la fase religiosa del proletariado".⁹⁹

tradicionales del trabajo obrero. Por ejemplo, los mineros, que eran 500.000 en 1930, sólo llegaban a 100.000 en 1975; los obreros textiles pasaron de 1 millón y medio a 200.000 en el mismo período (cf. F. Sellier, "Les salariés: croissance et diversité", *loc. cit.*, pág. 48).

⁹⁶ Cf. P. Lantz, "Travail: concept ou notion multidimensionnelle", *Futur antérieur*, n° 10, 1992/2.

⁹⁷ M. Halbwachs, *La classe ouvrière et les niveaux de vie*, *op. cit.*, pág. 118 y pág. xvii.

⁹⁸ H. Arendt, en *La condition de l'homme moderne*, *op. cit.*, cap. 3, critica la confusión entre trabajo y obra, que habría caracterizado la reflexión sobre el trabajo en la época moderna, no sólo en Marx sino ya en Locke y Adam Smith. Pero se podría añadir que Hannah Arendt pudo producir esa crítica a mediados del siglo XX, o sea después de casi dos siglos de transformación de la concepción del trabajo industrial tal como había surgido a principios de la industrialización.

⁹⁹ *Arguments*, "Qu'est-ce que la classe ouvrière française", número especial, enero febrero-marzo de 1959, pág. 33. El debate se reinició con la emergencia del tema de "la nueva clase obrera"; cf. número

Pero la suerte no estaba totalmente echada, pues las transformaciones [360] de la condición obrera podían dar lugar a dos interpretaciones aparentemente opuestas. A través del desarrollo de las formas más recientes que tomaba la división del trabajo, se constituiría una "nueva clase obrera". Pero los nuevos agentes que asumían un rol cada vez más decisivo en la producción –obreros de las industrias "de punta", más creativos que ejecutores, técnicos, diseñadores, ejecutivos, ingenieros, etcétera– seguían careciendo de poder de decisión, y la organización capitalista de la producción continuaba despojándolos de lo esencial de los beneficios de su trabajo. En el antagonismo de clases, ocupaban de tal modo una posición análoga a la del antiguo proletariado, y eran en adelante herederos privilegiados para retomar la empresa de la transformación revolucionaria de la sociedad, empresa abandonada por la clase obrera tradicional, que había sido seducida por la sirena de la sociedad de consumo y encuadrada por aparatos sindicales y políticos reformistas.¹⁰⁰

A la inversa, la tesis del "aburguesamiento" de la clase obrera aducía que la elevación general del nivel de vida había atenuado los antagonismos sociales. El "deseo de integrarse en una sociedad en la que primaba la búsqueda del confort y el bienestar"¹⁰¹ había llevado a la clase obrera a fundirse progresivamente en el mosaico de las clases medias.

En realidad, estas dos posiciones opuestas son complementarias, por lo menos en cuanto el resorte de su argumentación es más político que sociológico. Serge Mallet sobrestima la gravitación de estas nuevas capas salariales de la industria.¹⁰² Sobre todo, exagera la capacidad de la clase obrera para desempeñar el papel de "atractor" con esas categorías nuevas afirmadas en las transformaciones de la producción (en particular el desarrollo de la automatización, tema privilegiado en la sociología del trabajo de la década de 1960). No obstante, en 1936, la CGT había hecho la amarga experiencia del "desafecto de los técnicos respecto del movimiento obrero".¹⁰³ Con pocas excepciones en torno a 1968, el análisis de los conflictos sociales, incluso de los conflictos sociales "nuevos", demostraba [361] que la tendencia principal de los técnicos, ejecutivos e ingenieros los impulsaba a defender sus intereses específicos, que pasaban por el mantenimiento de la diferenciación social y el respeto a la jerarquía, más bien que a alinearse con las posiciones de la clase obrera. A menos que dieran prueba de fuertes convicciones políticas. Pero, precisamente, la convicción que subtendía la exaltación del papel histórico de la "nueva clase obrera" en los años

especial de la *Revue française des sciences politiques*, vol XXII, n° 1, junio de 1972, en particular en el artículo de I–D. Reynaud, "La nouvelle classe ouvrière, la technologie et l'histoire"

¹⁰⁰ Cf. Serge Mallet, *La nouvelle classe ouvrière*, París, Le Seuil, 1966.

¹⁰¹ G. Dupeux, *La société française*, París, A. Colin, 1964. Es enorme la literatura sobre estos temas vinculados a la marcha hacia la abundancia y la apoteosis de las clases medias. Para su mejor orquestación, puede tomarse la obra de Jean Fourastié, y en particular *Les Trente Glorieuses*, París, Fayard, 1979.

¹⁰² Un estudio de los años '70 evaluó en un 5 por ciento la proporción de los obreros de la industria que correspondían a este perfil (cf. P. d'Hugues, G. Petit, F. Rerat, "Les emplois industriels. Nature. Formation. Recrutement", *Cahiers du Centre d'études de l'emploi*, n° 4, 1973).

¹⁰³ S. Weil, en el informe que dirigió a la CGT después de las huelgas de 1936, "Remarques sur les enseignements à tirer des conflits du Nord", en *La condition ouvrière*, op. cit.

'60 era de esencia política. Se trataba de salvaguardar la llama de la revolución y no desesperar, no ya de Billancourt, sino de la CFDT* y el Partido Socialista Unificado.¹⁰⁴

Pero el discurso opuesto, que proclamaba la disolución de la condición obrera en la nebulosa de las clases medias, parecía subtendido por el deseo –también más político que científico– de exorcizar definitivamente los conflictos sociales. Era la ideología de quienes proclamaban el fin de las ideologías. Ellos escrutaban con avidez el apetito de consumo de la clase obrera, y constataban con satisfacción el debilitamiento de los compromisos políticos y sindicales.¹⁰⁵ Pero omitían subrayar que, a pesar del incuestionable mejoramiento de sus condiciones de existencia, la clase obrera no se había refundido en absoluto con las clases medias. Las investigaciones realizadas en las décadas de 1950 y 1960 confirmaban la persistencia del particularismo obrero y de la conciencia de la subordinación obrera, semejante a la analizada precedentemente para los últimos años de la década del '30.¹⁰⁶ Dependencia respecto de las condiciones de trabajo, [362] cuyas modalidades habían cambiado relativamente poco en cuanto a la relación de subordinación, indisolublemente técnica y social, que ellas implicaban,¹⁰⁷ y que se seguían traduciendo en la sensación de los obreros de ocupar una posición "socialmente baja".¹⁰⁸

* Confédération Française démocratie du travail. [T.]

¹⁰⁴ Esta interpretación no traiciona el pensamiento de Serge Mallet, quien presentaba su trayecto inicial, no como "el de un hombre de ciencia que se plantea objetivamente problemas de conocimiento, sino como el de un militante del movimiento obrero, más precisamente del movimiento sindical" (*La nouvelle classe ouvrière, op. cit.*, pág. 15). Sólo cabe añadir que la apuesta de Mallet al tropismo revolucionario de estos nuevos agentes prometidos en el proceso de producción fracasó por completo.

¹⁰⁵ Así, Dupeux habla ya de "despolitización", de "declinación del mito revolucionario" y "declinación también de la participación política" de los obreros (*La société française, op. cit.*, pág. 252).

¹⁰⁶ A. Ligneux y J. Lignon, *L'ouvrier d'aujourd'hui*, Paris, Gonthier, 1960; J.-M. Rainville, *Condition ouvrière et intégration sociale*, Paris, Editions ouvrières, 1967; G. Adam, F. Bon, J. Capdevielle y R. Moureau, *L'ouvrier français en 1970*, Paris, A. Colin, 1970. La síntesis de J. H. Goldhorpe, D. Lockwood, F. Bechhofer y J. Platt, *The Affluent Work Series*, 3 volúmenes, Cambridge University Press, 1968-1969, no tiene equivalente en Francia. Pero, en vista de que el título de "el obrero de la abundancia" puede prestarse a un equívoco, citamos aquí una de las principales conclusiones de la obra: "la integración a las clases medias no es un proceso en curso actualmente, ni un objetivo deseado por la mayoría de nuestros obreros... Hemos visto que el aumento de los salarios, el mejoramiento de las condiciones de trabajo, la aplicación de políticas de empleo más oportunas, más liberales, etcétera, no modifican de manera fundamental la situación de clase del trabajador industrial en el interior de la sociedad contemporánea" (edición francesa abreviada, *L'ouvrier de l'abondance*, Paris, Le Seuil, 1972, pág. 210).

¹⁰⁷ Uno de los cambios más importantes fue sin duda la parte que asumieron los inmigrantes y las mujeres en los trabajos más penosos y más desvalorizados. Pero el desarrollo de nuevas formas de organización industrial no abolió las coacciones ni la penuria de numerosas tareas, en particular en las cadenas de montaje. Se pueden comparar dos testimonios, distanciados en cuarenta años, cuyos autores tienen la misma característica de haber trabajado en una fábrica sin ser obreros: S. Weil, *La condition ouvrière, op. cit.*, y R. Linhart, *L'établi*, Paris, Éditions de Minuit, 1977.

¹⁰⁸ A. Ligneux y J. Lignon, *L'ouvrier d'aujourd'hui, op. cit.*, pág. 26. Fragmento de la entrevista con un

Había también particularismo en los modos de vida y las formas de sociabilidad: "Sea que se tratara de los hábitos de consumo, del estilo de vida, de la utilización del espacio urbano, índices numerosos y variados ponían de manifiesto una especificidad de los comportamientos en el ambiente obrero".¹⁰⁹ Todo el mundo consumía, pero no los mismos productos; había más diplomas, pero no todos tenían el mismo valor; muchos salían de vacaciones, pero no a los mismos lugares, etcétera. Sería inútil retomar aquí todos estos análisis que relativizaban el discurso del ecumenismo social. Este ecumenismo expresaba un pensamiento de sobrevuelo, y decretaba la homogeneidad desde lo alto. Es cierto que se basaba en innumerables tablas estadísticas y curvas de crecimiento. Pero se empantanaba en cuanto al sentido que estas transformaciones adquirirían para los actores sociales. Bastará un solo ejemplo de estas construcciones artificiales, cuya abstracción no coincidía nunca con la realidad social que pretendían traducir. Jean Fourastié, orfebre en la materia, calculó sabiamente que "un obrero especializado, que haya comenzado a trabajar hacia 1970 y siga siendo obrero especializado toda su vida, a los sesenta años tendrá un poder de compra superior al que ha adquirido desde su ingreso al servicio un consejero de Estado que se jubile en el día de hoy".¹¹⁰ Sería muy interesante encontrar en 1995 a ese feliz obrero especializado y preguntarle qué piensa de esa equiparación con el consejero de Estado.¹¹¹

[363] La transformación decisiva que maduró durante las décadas de 1950 y 1960 no fue por lo tanto la homogeneización completa de la sociedad, ni el desplazamiento de la alternativa revolucionaria hacia un nuevo operador, la "nueva clase obrera". Consistió más bien en la disolución de esa alternativa revolucionaria, y la redistribución de la conflictividad social según un modelo diferente del de la sociedad de clases: la sociedad salarial.

Disolución de la alternativa revolucionaria: la realidad histórica de la clase obrera no se puede reducir a un conjunto de modos de vida que se describen, de curvas de salarios que se comparan, a un folclore populista que se añora. Ha sido también una aventura que duró un poco más de un siglo, con sus altibajos, signada por momentos fuertes (1848, la Comuna, 1936, quizá 1968), que parecía anticipar una organización alternativa de la sociedad. No es posible fijar una fecha rigurosa al debilitamiento de esta convicción de que la historia social podía desembocar en otra parte, esa convicción que Crozier caracterizó en 1959 como "la fase religiosa del proletariado". Ni siquiera en sus momentos de gloria ella pudo arrastrar a más que una minoría obrera,¹¹² y resurgió por momentos haciendo revivir

obrero, entre muchas otras con el mismo espíritu, en las cuales los trabajadores retoman la percepción que ven reflejada de su estatuto social: el obrero es "un necio", "un pobre idiota", "un perdedor", etcétera.

¹⁰⁹ J.-M. Rainville, *Condition ouvrière et intégration sociale*, op. cit., pág. 15.

¹¹⁰ J. Fourastié, *Les Trente Glorieuses*, op. cit., pág. 247.

¹¹¹ Para ver hasta dónde puede llegar la fascinación por la curva de crecimiento, se puede releer hoy, con diversión o irritación, de Jean Fourastié, *La civilisation de 1995*, París, PUF, 1970.

¹¹² Eran minoritarios los huelguistas en 1936, a pesar de la amplitud del movimiento: menos de dos millones, sobre siete millones de asalariados obreros; junio de 1848 y la Comuna fueron fenómenos esencialmente parisienses. Más aún: los indiferentes y los "amarillos" eran tan obreros como los sindicalistas y los militantes. Y en junio de 1848 las tropas más combativas de la Guardia que se

a esa minoría en explosiones rápidas que recordaban "la juventud de la huelga"¹¹³ y despertaban las utopías adormecidas.¹¹⁴ No obstante, cada vez se volvió menos creíble que algún día se institucionalizaría el futuro luminoso. La oscilación entre revolución y reforma, que nunca dejó de atravesar el movimiento obrero, fue fijándose cada vez con mayor insistencia en el segundo polo, y la división entre "ellos" y "nosotros" dejó de alimentar un imaginario de cambio radical. Desencantamiento del mundo social, reducido a una unidimensionalidad sin trascendencia: las transformaciones sociales ya no eran una cuestión de todo o nada, y habían dejado de ser arbitradas por un sentido de la historia. Paradójicamente, fue quizá Mayo del '68 el que cristalizó esta toma de conciencia: [364] esa vez la clase obrera se unió al movimiento en lugar de ser su epicentro, y se contentó con extraer de él algunos progresos "reformistas". En todo caso, es significativo que inmediatamente después del '68 los trabajadores inmigrantes hayan sido llamados a tomar las banderas del mesianismo revolucionario abandonado por una clase obrera autóctona "integrada al sistema".¹¹⁵

Por debajo de la dimensión política de estas peripecias está la significación antropológica dominante de la clase asalariada, que fue cayendo a lo largo de estas décadas. [El potencial revolucionario de la clase obrera se basaba en el hecho de que ella encarnaba a ese "asalariado sin dignidad" que no tenía nada que perder salvo sus cadenas, y cuya emancipación cambiaría el rostro del mundo.](#) En este punto, Marx no hizo más que radicalizar una estructura antropológica del salariado, asociado –aparentemente desde siempre– a situaciones de dependencia, a través de las cuales un hombre ponía a disposición de otro su capacidad de trabajo. Éste es el sentido literal de la expresión

impusieron en el arrabal Saint-Antoine estaban compuertas por jóvenes obreros. Pero, al mismo tiempo, junio de 1848, la Comuna de París, 1936, han sobrevivido en la memoria de toda una clase.

¹¹³ M. Perrot, *Jeunesse de la grève*, París, Le Seuil, 1984.

¹¹⁴ La cuestión de cuándo muere una utopía no tiene sentido, puesto que la utopía está fuera de la historia (así, para los indios mexicanos, Zapata no ha muerto). La cuestión –difícil– consiste en saber cuándo la utopía deja de influir sobre la historia y de imponerle su marca, así fuera parcialmente. La referencia a la Revolución durante mucho tiempo rodeó con un aura de absoluto incluso a empresas prosaicamente reformistas. ¿Desde cuándo ha dejado de ocurrir?

¹¹⁵ Cf. por ejemplo, J.-P. de Gaudemar: *Mobilité du travail et accumulation du capital*, París, Maspero, 1976, quien expresaba el consenso del conjunto de las corrientes "izquierdistas" a principios de la década de 1970. Se trataba de un desplazamiento análogo al realizado diez años antes sobre "la nueva clase obrera", y que se puede interpretar como una nueva etapa en el proceso de destitución de la clase obrera clásica en cuanto a su rol revolucionario, incluso a los ojos de los ideólogos que se consideraban herederos del profetismo revolucionario del siglo XIX. En realidad, los trabajadores inmigrantes fueron los agentes y los objetivos principales de las luchas sociales más duras de principios de la década de 1970. Por el lado de la clase obrera "autóctona", el conflicto de Lip fue sin duda el último que movilizó el potencial alternativo del movimiento obrero (cf. P. Lantz, "Lip et l'utopie", *Politique d'aujourd'hui*, n° 11-12, noviembre-diciembre de 1980). Pero el conflicto de Lip puede también interpretarse como una de las últimas luchas del período de crecimiento que siguió a la Segunda Guerra Mundial. La asamblea general del personal declaró solemnemente el 12 de octubre de 1973: "No aceptaremos el descuido, ni la reubicación, ni el desmantelamiento" (*loc. cit.*, pág. 101). Hoy en día semejantes declaraciones serían impensables.

"trabajo alienado": producir para otro y no para sí mismo, dejarle a un tercero, para que lo consuma o lo comercialice, el producto del propio trabajo. La asimetría de esta relación no se modificaba al suavizarse su carácter coactivo con la forma explícitamente contractual que le dio el liberalismo, ni porque dejara de ser una dependencia personalizada, por ejemplo cuando se trabaja para una sociedad anónima regida por convenciones colectivas: el asalariado realiza en todos los casos una especie de entrega del fruto de su trabajo a otra persona, a una empresa, a una institución o "al capital".

En el marco de esta lógica, las actividades de un sujeto social autónomo, aunque adquieran la forma de servicios prestados, no deberían entrar en una relación salarial. Un productor independiente no podría ser [365] asalariado. No se trata de una simple tautología sino de la consecuencia del hecho de que ciertas actividades son inalienables, y por lo tanto no salarizables, aunque constituyan un trabajo realizado para otros. Un zapatero, un tejedor, podían ser trabajadores independientes o asalariados. Pero, según este criterio, un médico no podía ser un asalariado, como lo demostraba el fallo ya citado de la Corte de Casación todavía en 1937.

Esta concepción secular del trabajo asalariado desapareció en las décadas de 1950 y 1960, arrastrando consigo el rol histórico de la clase obrera. La lenta promoción de una clase asalariada burguesa abrió el camino, y desembocó en un modelo de sociedad ya no atravesada por un conflicto central entre asalariado y no-asalariado, es decir entre proletarios y burgueses, trabajo y capital. La "nueva sociedad",¹¹⁶ para retomar un lema de principios de la década de 1970 que pretendía ser la traducción política de ese cambio, estaba organizada en torno a la competencia entre diferentes polos de actividades salariales. Esta sociedad no era homogénea ni estaba pacificada, pero sus antagonismos tomaban la forma de luchas por los puestos de trabajo y las categorías, y no ya de la lucha de clases. En esa sociedad, el salariado dejó de ser un estado lamentable, para convertirse en un modelo privilegiado de identificación.

La condición salarial

A partir de mediados de la década de 1950 emergió un nuevo discurso sobre "los hombres del futuro", una especie de asalariados puros que habían logrado sus cartas de burguesía.¹¹⁷ Este perfil se constituyó en el marco de la modernización de la sociedad francesa, que oponía los agentes del crecimiento y el progreso a los representantes de las clases medias tradicionales, pequeños empresarios y comerciantes malthusianos, notables conservadores. Por un lado, una Francia friolenta, "poujadista", crispada en la defensa del pasado; por el otro, una Francia dinámica que quería finalmente abrazar a su siglo, y de la

¹¹⁶ Se sabe que éste es el nombre que le dio Jacques Chaban-Delmas a su programa político, correspondiente a un período de fuerte expansión económica y a una voluntad, muy pronto desafiada, de desbloquear la sociedad después de 1968.

¹¹⁷ "Eliminar de las clases medias a los ejecutivos asalariados y a una gran parte de los funcionarios equivaldría a reducirlas a una caricatura de burguesía" (P. Bleton, *Les hommes des temps qui viennent*, París, Editions ouvrières, 1956, pág. 230).

que los nuevos asalariados eran la punta de lanza.¹¹⁸

[366] En este contexto, a una nueva constelación salarial se le asignó la función de "atractor", con la tarea de "arrastrar" la dinámica social, del mismo modo que se dice que determinado sector industrial o comercial "arrastra" el crecimiento económico de toda una sociedad. Asistimos entonces a una cuasi mitologización de un perfil de hombre (y, accesoriamente, de mujer)¹¹⁹ eficaz y dinámico, liberado de arcaísmos, a la vez sereno y realizador, gran trabajador y gran consumidor de bienes prestigiosos, de vacaciones inteligentes y viajes al extranjero, liberado de la ética puritana y ahorrativa, del culto al patrimonio y del respeto a la jerarquías consagradas, a diferencia de la burguesía tradicional. Periódicos como *L'Express* ("*L'Express*, periódico de los ejecutivos")¹²⁰ o *L'Expansion* daban testimonio de la audiencia que tenía esta representación del mundo social, y a su vez la difundían. La sostenían principalmente distintas categorías de asalariados: **ejecutivos de nivel medio y superior, profesores, publicitarios, expertos en comunicación y, en la franja inferior, representantes de algunas profesiones intermedias como los animadores culturales, el personal paramédico, los maestros, etcétera.**¹²¹ Al compactarse, ellos constituyeron lo que Henri Mendras denomina "la constelación central", a la que él mismo considera el centro de difusión de "la segunda revolución francesa".¹²² Sin duda esta expresión, "segunda revolución francesa", es exagerada. Pero no hay dudas de que había un conjunto (o más bien, una interconexión de subconjuntos) de prestadores de servicios que formaban el núcleo más móvil, más dinámico de la sociedad, el principal [367] difusor de los valores de la modernidad, el progreso, las modas y el éxito. Con relación al conjunto de la sociedad, éste fue también el agolpamiento que tuvo el desarrollo más continuo y más rápido desde el "despegue" que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

¹¹⁸ Cf. J. Donzelot, "D'une modernisation à l'autre", *Esprit*, 1986, agosto-septiembre de 1986, y M Winoek, *Du République se meurt*, Paris, Florio, 1985. Resulta imposible abstenerse de citar la sabrosa descripción que da este autor de los defensores de la organización precapitalista de la sociedad: "En el otro campo florecen los poetas de la vida aldeana, de los pequeños comerciantes, los cafés que hicieron la fortuna de M. Paul Ricard; la Francia del siglo XIX, radical, proteccionista, embanderadora, con su estela de notarios, abogados, ujieres, curas tradicionalistas, jugadores de bolos con boina vasca, el «cuidado con el perro», las paredes rematadas con vidrios de botella, los miembros activos de la Asociación Guillaume-Bude, cosecheros destiladores, administradores coloniales, ex encargados de burdel, a los que se sumaban los fieles del mariscal Pétain". Por mi parte, añado que en este "campo" había muy pocos asalariados o ninguno.

¹¹⁹ Accesoriamente, en la medida en que las mujeres seguían siendo muy minoritarias entre los asalariados de nivel superior: por ejemplo, el 3,8 por ciento de los ingenieros en 1962, y el 4 por ciento en 1975; el 12 por ciento de los ejecutivos administrativos superiores en 1962, y el 17,3 por ciento en 1975 (L. Boltanski, *Les cadres, la formation d'un groupe social*, *op. cit.*).

¹²⁰ *Ibid.*, pág. 179.

¹²¹ Algunas profesiones liberales pueden pertenecer al mismo campo, pero son muy minoritarias con relación a esta configuración social. En 1975 había 172.000 miembros de las profesiones liberales contra 1.270.000 de ejecutivos superiores y 2.764.000 de ejecutivos medios (cf. L. Thévenot, "Les catégories sociales en 1975", *loc. cit.*).

¹²² H. Mendras, *La seconde Révolution française*, París, Gallimard, 1988.

Esta promoción de los asalariados trastornó la oposición secular entre trabajo y patrimonio. Las posiciones asalariadas se volvieron cómodas, poderosas y prestigiosas, de modo que el liderazgo en materia de modos de vida y modas culturales, y la seguridad frente a los azares de la existencia, dejaron de vincularse necesariamente a la posesión de un gran patrimonio.¹²³ En el límite, las posiciones sociales dominantes podrían ser también ocupadas por asalariados "puros", es decir por personas cuyos ingresos y posición en la estructura social dependerían exclusivamente de su empleo.

Sólo en el límite. La promoción de estas posiciones salariales estaba asociada a un desarrollo de segmentos profesionales que, en particular en el sector terciario,¹²⁴ tenían títulos y diplomas. Ahora bien, se sabe que este capital educativo está frecuentemente vinculado a la herencia cultural familiar, que a su vez depende considerablemente del capital económico. Por otra parte, el salariado podía en adelante generar la creación de un patrimonio, en particular mediante el crédito y el acceso a la propiedad. Las relaciones entre patrimonio y trabajo se volvieron así mucho más complejas que en los inicios de la industrialización. En aquel entonces, esquematizando la situación, podemos decir que tener un patrimonio dispensaba de entregarse a actividades asalariadas, mientras que el deseo de lograr un patrimonio, aunque fuera modesto, impulsaba a los trabajadores a evitar el salariado y a establecerse por cuenta propia. En las nuevas condiciones, el salariado y el patrimonio convergían desde dos direcciones: [368] el patrimonio facilitaba el acceso a posiciones salariales elevadas a través de los diplomas, mientras que las posiciones salariales sólidas podían generar un acceso al patrimonio.¹²⁵

De modo que "la constelación central" no era una configuración de posiciones salariales

¹²³ Una investigación de 1977 sobre "el valor medio del patrimonio según la categoría socioprofesional de las familias" (en J.-D. Reynaud, Y. Graffmeyer, *Français, qui êtes-vous?, op. cit.*, gráfico 5, pág. 136) demostró que las categorías de "ejecutivos superiores" y "ejecutivos medios", que agrupaban lo esencial de estos nuevos estratos asalariados, disponían de un patrimonio cuatro veces menor que el de los "industriales y comerciantes" y el de las "profesiones liberales", claramente menor que el de los "agricultores" e incluso dos veces menor que el de los "artesanos y pequeños comerciantes". Otra investigación (ibíd., gráfico 3, pág. 133) reveló que existían disparidades enormes en la distribución del patrimonio: el 10 por ciento de las familias más afortunadas recibían el 54 por ciento, y el 10 por ciento de las familias menos afortunadas, el 0,03 por ciento. En cambio, las curvas comparadas de la distribución del ingreso y el patrimonio demostraron que podía haber un ingreso bastante elevado con un patrimonio pequeño.

¹²⁴ Entre 1954 y 1975, la proporción de los empleos del sector terciario pasó del 38 al 51 por ciento; cf. M. Maruani, E. Reynaud, *Sociologie de l'emploi*, París, La Découverte, 1993, pág. 49.

¹²⁵ En 1977, la vivienda principal y la residencia secundaria representaban el 37,8 por ciento del conjunto del patrimonio de los franceses (cf. J.-D. Reynaud, Y. Graffmeyer, *Français, qui êtes-vous?, op. cit.*, gráfico 3, pág. 133). Se sabe que las facilidades crediticias para el acceso a la propiedad dependen en gran medida del perfil profesional de los solicitantes y de su capacidad para presupuestar el futuro, apostando de antemano a la estabilidad y el progreso de los ingresos salariales; de allí la posibilidad de que también los obreros accedieran al patrimonio: en 1973, el 38 por ciento de los obreros eran propietarios de sus viviendas (cf. M. Verret, J. Creusent *L'espace ouvrier*, París, A. Colin, 1979, pág. 114).

"puras". Tampoco ocupaba ya la posición hegemónica de una "burguesía sin capital" que hubiera reemplazado casi totalmente a la "burguesía tradicional", según pretendían sus turiferarios más entusiastas.¹²⁶ Seguía siendo *un núcleo de posiciones dominantes*, que acumulaban y entrelazaban capital económico, capital social y capital cultural, administración de las empresas públicas y privadas, y poderes ejercidos en el aparato del Estado. De esta "nobleza de Estado" dijo Pierre Bourdieu:

Pocos grupos dirigentes han reunido tantos principios de legitimación tan diferentes y que, aunque en apariencia contradictorios, como la aristocracia del nacimiento y la meritocracia del éxito en los estudios o la competencia científica, o como la ideología del "servicio público" y el culto a la ganancia, disfrazado de exaltación de la productividad, se combinan para inspirar a los nuevos dirigentes la certidumbre más absoluta de su legitimidad.¹²⁷

De hecho, muchas de las profesiones de la "constelación central" dependían del capital económico más que lo que confesaban: ejecutivos cuyo destino estaba ligado al de la empresa, pero también productores culturales, profesionales de la comunicación para los cuales el reconocimiento de la legitimidad pasaba por la obtención de medios de financiación. También conviene relativizar la oposición clásica entre los patrones a la antigua y los dirigentes asalariados de las empresas ("*owners*" y "*managers*"). Los gerentes generales de las grandes empresas, por ejemplo, que se puede [369] conceder que constituían la franja superior del sector asalariado, escogida por su profesionalismo y competencia técnica, solían ser también accionistas importantes de la empresa, y provenir de familias que desde mucho antes pertenecían al mundo de los negocios.¹²⁸ Si bien la omnipotencia de "las doscientas familias" fue un mito de la izquierda, es sin embargo cierto que lo esencial del poder económico estaba en las manos de ambientes cuidadosamente elegidos (cf. la composición de los "núcleos" de las grandes sociedades).

Pero, precisamente, si bien no había ósmosis entre los diferentes bloques constitutivos de la sociedad salarial, tampoco había ya una alteridad absoluta. Los asalariados de gama alta desempeñaban el papel de atractores, incluso para los grupos dominantes tradicionales, cuyas fracciones más dinámicas se actualizaron, sin renunciar a sus antiguas prerrogativas, adquiriendo los nuevos atributos del éxito y los honores, que, por ejemplo, pasaban por la asistencia a grandes escuelas y por la posesión de los mejores diplomas. Al hacerlo, una parte de las clases dominantes tradicionales se ubicó también, y en el nivel superior, en el

¹²⁶ "Así, la burguesía tradicional ligada a la posesión de cosas se convirtió en una neoburguesía sin capital, que acrecentaba en su base la extensión del sector terciario. En síntesis, la propiedad heredada tendía a ceder el paso a la propiedad merecida (en la medida en que el diploma sancionaba el mérito). Pero, ¿qué más personal que esa propiedad?" (A. Piettre, "La propriété héritée ou méritée", *Le Monde*, enero de 1978, citado por P. Bourdieu, *la noblesse d'État*, *op. cit.*, pág. 479).

¹²⁷ P. Bourdieu, *La noblesse d'État*, *op. cit.* pág. 480.

¹²⁸ *Ibid.*, pág. 478. Véase también J. Marchai y J. Lecaillon, *La répartition du revenu national*, París, Éditions Génin, 1ª parte, t. I, quienes demuestran que las ventajas en especie, primas o emolumentos diversos que beneficiaban a los ejecutivos superiores de alio nivel constituían un tipo de retribución no-salarial que era de hecho una participación en las ganancias de la empresa.

mercado del salariado.

De este modo, incluso en el seno de los grupos dominantes, había menos homogeneidad que competencia, lucha por los puestos de trabajo. Este espacio social estaba atravesado por el conflicto y la preocupación de la diferenciación. Un principio de *distinción* oponía y reunía a los grupos sociales. Oponía y reunía, pues la distinción se basaba en una dialéctica sutil de lo mismo y lo diferente, de la proximidad y la distancia, de la fascinación y el rechazo. Ella suponía una dimensión *transversal* que unía a los diferentes agrupamientos entre sí, permitiéndoles compararse y clasificarse. "Clasificadores clasificados por su clasificación", se reconocían a través de la distancia con las otras posiciones, que de tal modo formaban un *continuum*.¹²⁹ Esta lógica de la diferenciación se distingue a la vez de un modelo basado en el consenso y de un modelo fundado en el antagonismo del enfrentamiento de clase contra clase. Para caracterizar esta constelación, podríamos asimilarla a lo que dijo Georg Simmel de la "clase media" en una representación todavía tripartita de la sociedad: "Lo que ella tiene verdaderamente de original es que realiza intercambios [370] continuos con las otras dos clases, y que estas fluctuaciones perpetuas borran las fronteras y las reemplazan por transiciones perfectamente continuas".¹³⁰ "Transiciones perfectamente continuas": habría que discutirlo. Pero la idea de un *continuum* en las posiciones de la sociedad salarial está bien presente.

En consecuencia, la sociedad salarial se podría representar a partir de la coexistencia de una cierta cantidad de bloques,¹³¹ a la vez separados y unidos por esta lógica de la distinción que opera en el seno de cada conjunto y asimismo entre los diferentes conjuntos. En esta configuración, habría que hacerle lugar al bloque *de las profesiones independientes de patrimonio no reconvertido*, el bloque de los vencidos por la modernización que evocó de modo pintoresco Michel Winock. La sociedad salarial pudo desplegarse porque estos grupos fueron marginalizados: muerte del rentista como paradigma del burgués, inexorable regresión del pequeño comercio y del artesanado (900.000 artesanos, 780.000 comerciantes y asimilados a principios de la década de 1980),¹³² revolución del mundo agrícola que determinó el fin de los campesinos tradicionales.¹³³ Esas fracciones con patrimonio supieron reconvertirse, adaptándose a las nuevas exigencias de la sociedad

¹²⁹ Cf. los análisis de Pierre Bourdieu en *La distinction, critique du jugement social*, Paris, Éditions de Minuit, 1979

¹³⁰ G. Simmel, *Sociologie et épistémologie*, trad. franc. Paris, PUF, 1981, pág. 200.

¹³¹ Prefiero el término "bloque" al de "clase", no en nombre de una ideología del consenso (ya no hay clases puesto que no hay conflictos, etcétera), sino porque una clase, en el sentido pleno de la palabra, sólo existe cuando está tomada en una dinámica social que la hace portadora de un proyecto histórico propio, como pudo serlo la clase obrera. En este sentido, ya no hay clase obrera.

¹³² Cf. *Données sociales 1993*, Paris, INSEE, 1993, pág. 459. Pero es significativo que la cantidad de empleos independientes o asimilados haya vuelto a crecer como una de las consecuencias de la crisis de la sociedad salarial; cf. el capítulo siguiente.

¹³³ Cf. H. Mendras, *La fin des paysans, suivi d'une réflexion sur la fin des paysans vingt ans après*, Le Paradou, Actes-Sud, 1984. A principios de los años '80, quedaban menos de 1 millón de agricultores; cf. *Données sociales 1993*, op. cit. De modo que, según la clasificación de Colin Clark, éste era también el derrumbamiento del sector "primario"

salarial (cf., por ejemplo, el relativo dinamismo de las empresas medianas y pequeñas, o el desarrollo de las cooperativas agrícolas), o bien debieron resignarse a transferir el poder. Incluso para la Francia profunda que desde un siglo y medio antes frenaba el progreso, detestaba la urbanización y la industrialización, el salariado y los valores asociados de la educación y la cultura urbana desempeñaron el papel de atractores. Lo demuestra el hecho de que, después de haber mirado con altivez a los asalariados y de haberlo hecho todo para distinguirse de ellos, estas categorías "independientes" comenzaron a envidiarlos con un matiz de resentimiento: campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, [371] se comparaban con los asalariados, no sólo en cuanto al ingreso sino también en lo concerniente a la duración del trabajo, el acceso a ocios y la protección social. Un resorte profundo del "poujadismo" –que en rigor va mucho más allá del fenómeno Poujade– es precisamente esta envidia y este resentimiento de las categorías amenazadas en su independencia, respecto de las capas asalariadas, de las que se piensa que trabajan menos y además se benefician con todas las ventajas sociales. De modo que la atracción del salariado operó también por debajo de sus límites, sobre las categorías que no tenían acceso a él, así como había operado sobre la alta burguesía.

Esta atracción operaba también sobre *el bloque popular* constituido por obreros y empleados que ocupaban un lugar subordinado en la configuración social. Sin duda, ubicar en el mismo "bloque" a obreros y empleados es aproximativo. Pero en la década de 1960 se asistió a "la transformación de una clase obrera que se ampliaba y renovaba incorporando cada vez más empleados".¹³⁴ Paralelamente, debido a la mecanización del trabajo de oficina, en muy pocos casos el empleado siguió siendo un colaborador directo del patrón. El "cuello blanco" de los grandes almacenes o de las oficinas de empresas sufría coacciones parecidas a las de los obreros. La evolución de los salarios tenía una idéntica tendencia a la homogeneidad.¹³⁵ La generalización de la mensualización realizada en 1970 sancionó esa evolución. Se hizo que el estatuto profesional de los obreros mensualizados prácticamente coincidiera con el de los empleados.¹³⁶

No obstante, subrayaremos por última vez que el incuestionable mejoramiento con el que se beneficiaron, o que supieron conquistar los grupos populares, no eliminó completamente su particularismo. Como dice Alfred Sauvy, "todo organismo social que debe reformarse, cambiar de proporción, [372] lo hace con más facilidad mediante la

¹³⁴ M. Aglietta y A. Bender, *Les métamorphoses de la société salariale*, op. cit., pág. 69.

¹³⁵ Sobre la base de un índice 100 en 1950, los ingresos medios de los empleados llegaban a 288,6 en 1960, y el de los obreros a 304,8 (cf. J. Bunel, *La mensualisation, une réforme tranquille?*, París, Éditions ouvrières, 1973, pág. 36).

¹³⁶ El principio de la mensualización de los obreros dio lugar a un acuerdo paritario firmado el 20 de abril de 1970 por los sindicatos patronales y los sindicatos de asalariados. Esta medida extendió a los obreros las ventajas de los asalariados remunerados mensualmente en materia de vacaciones, indemnizaciones en caso de enfermedad, edad jubilatoria, etcétera. Más en profundidad, el salario obrero dejó de ser la retribución directa de un trabajo puntual, para convertirse en la contrapartida de una asignación global de tiempo. En 1969, el 10,6 por ciento de los obreros estaban mensualizados. Serían el 53 por ciento en 1971, y el 82,5 por ciento en 1977 (cf. F. Sellier, *Les salariés en France*, op. cit. pág. 110)

adición que por medio de la sustracción".¹³⁷ En particular, la "adición" de nuevas capas salariales por encima del asalariado obrero no "suprimió" todas las características que hacían de él el modelo del asalariado alienado. Para principios de la década de 1970 habría que actualizar aquí el balance bosquejado hacia 1936 de los índices de integración diferencial de las clases populares en materia de consumo, vivienda, modo de vida, participación en la educación y la cultura, y derechos sociales. Pero en ese trabajo habría que dedicar por lo menos un capítulo a demostrar que, en todas estas relaciones, las categorías populares estaban aún muy lejos de haber eliminado su atraso.¹³⁸ No obstante, aquí importa sobre todo el hecho de que, a pesar de esta subordinación, dichos grupos estaban inscritos en el *continuum* de las posiciones que constituían la sociedad salarial, y por ello mismo podían, no intercambiarse, pero sí compararse diferenciándose.

La omnipresencia del tema del consumo en el curso de esos años (la "sociedad de consumo")¹³⁹ expresa perfectamente lo que podríamos denominar *principio de diferenciación generalizada*. El consumo regía un sistema de relaciones entre las categorías sociales, según el cual los objetos poseídos eran los *marcadores* de las posiciones sociales, los "indicadores de una clasificación".¹⁴⁰ Por lo tanto, se entiende que su valor estuviera sobredeterminado: los sujetos sociales no jugaban allí su apariencia, sino su identidad. A través de lo que consumían señalaban su lugar en el conjunto social. *Analogon* de lo sagrado en una sociedad en adelante sin trascendencia, el consumo de objetos significaba, en sentido fuerte, el valor intrínseco de un individuo en función del lugar que ocupaba en la división del trabajo. El consumo era la base de un "comercio" en el sentido del siglo XVIII, es decir un intercambio civilizado a través del cual se comunicaban los sujetos sociales.

Sin que pretendamos proponer un panorama exhaustivo de la sociedad salarial, es preciso que por lo menos marquemos el lugar de un último [373] bloque, que vamos a denominar *periférico o residual*. La relativa integración de la mayoría de los trabajadores, traducida, entre otros rasgos, por la mensualización, ahondó la distancia con una fuerza de trabajo que quedaba marginalizada, reagrupando a las ocupaciones inestables, estacionales, intermitentes.¹⁴¹ Estos "trabajadores periféricos"¹⁴² quedaban a merced de la coyuntura.

¹³⁷ A. Sauvy, "Développement économique et répartition professionnelle de la population", *Revue d'économie politique*, 1956, pág. 372.

¹³⁸ En J. -D. Reynaud, Y. Graffmeyer, *Français, qui êtes-vous?*, *op. cit.*, se encontrará un conjunto de tablas que indican los rasgos diferenciales de las categorías sociales en materia de ingreso, patrimonio, diplomas, acceso a la cultura y al tiempo libre, movilidad social, etcétera. Las categorías obreras, levemente aventajadas por los empleados, ocupaban regularmente las últimas posiciones (a menos que se tuvieran en cuenta ciertas categorías de agricultores e inactivos, los obreros agrícolas en vías de extinción y las poblaciones del "cuarto mundo", sobre las cuales volveremos).

¹³⁹ Cf. J. Baudrillard, *La société de consommation*, París, Denoël, 1970.

¹⁴⁰ M. Aglietta, A. Bender, *Les métamorphoses de la société salariale*, *op. cit.*, pág. 98

¹⁴¹ Cf. J. Bunel, *La mensualisation, une réforme tranquille*, *op. cit.*, págs. 192-193.

¹⁴² Paralelamente con los trabajos sobre la segmentación del mercado de trabajo, este tema del "trabajador periférico" surgió en Estados Unidos a fines de la década de 1960; cf. D. Morse, *The Peripheral Worker*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.

Sufrían antes que nadie los contragolpes de las variaciones de la demanda de mano de obra. Eran en su mayoría inmigrantes, mujeres y jóvenes sin calificación, trabajadores de edad, incapaces de seguir el paso de las "reconversiones" que se emprendían; ellos ocupaban las posiciones más penosas y más precarias en la empresa, tenían los menores ingresos y estaban peor cubiertos por los derechos sociales. Acampaban en las fronteras de la sociedad salarial, más bien que participar en ella de modo pleno. De modo que, incluso mientras la condición obrera se consolidaba, entre los trabajadores, principalmente los trabajadores manuales, subsistía o se ahondaba una línea divisoria que separaba, por un lado, a los grupos vulnerables de condición análoga a la del antiguo proletariado, y por el otro una mayoría que parecía sólidamente comprometida en un proceso de participación ampliada en los beneficios del progreso social y económico. No obstante, antes de fines de la década de 1970, la especificidad y la importancia de este fenómeno no se advertían claramente. Para los partidarios del progreso, esos hechos se perdían en la dinámica dominante que arrastraba al conjunto de la sociedad hacia la opulencia. Quienes se interesaban en esa vulnerabilidad, por razones esencialmente políticas, veían en ella la prueba de la perpetuación de la explotación de la clase obrera como tal.¹⁴³ La importancia de esta división en el seno de la sociedad salarial sólo se advertirá más tarde, con la audiencia de la temática de la precariedad.

En fin, estas situaciones "periféricas" se pueden comparar (sin confundirlas) con las de las poblaciones que no han entrado en la dinámica de la sociedad industrial. Es lo que se denomina "cuarto mundo", expresión de un exotismo un poco sospechoso, como si en las sociedades más [374] desarrolladas subsistieran islotes arcaicos poblados por quienes no pudieron o no quisieron pagar el precio de la integración social y quedaron al margen del trabajo regular, de la vivienda decente, de las uniones familiares consagradas y de la asistencia a instituciones reconocidas de socialización. "Ellos son los que, no habiendo podido ingresar en las estructuras modernas, siguen fuera de las grandes corrientes de la vida de la nación."¹⁴⁴ Vagaban o habitaban en la linde de las ciudades, se reproducían entre ellos generación tras generación, recurrían para vivir a recursos circunstanciales o al socorro, y parecían desalentar los esfuerzos bien intencionados de quienes querían moralizarlos y normalizarlos. Daban un poco de vergüenza en un período de crecimiento

¹⁴³ Véanse las discusiones de la época sobre "la pauperización relativa" o la "pauperización absoluta" de la clase obrera. En términos más generales, en razón del empleo casi pleno, en el momento en que surgió esta temática de la fragmentación de la clase obrera, fue formulada en términos de persistencia de las desigualdades, más bien que como precariedad acrecentada.

¹⁴⁴ Prefacio del abate Wresinski a J. Labbens, *La condition prolétarienne*, París, Sciences et service, 1965, pág. 9. Esta obra lleva el subtítulo de "La herencia del pasado", que refleja esa percepción de la pobreza como una especie de cuerpo extraño en la sociedad salarial. Véase también J. Labbens, *Sociologie de la pauvreté*, París, Gallimard, 1978. Para este autor, "los pobres están en el último escalón o, mejor aún, a un lado de la escala, sin llegar a poner el pie en el primer peldaño. No se reconocen en la clase obrera, y la clase obrera no se reconoce en ellos" (pág. 138). La postura de pensar la problemática del "cuarto mundo" como absolutamente distinta de la clase obrera es una componente central (y muy discutible) de la ideología de ATD Cuarto Mundo. [Aide à toute Détresse - Quart Monde].

y de conversión a los valores de la modernidad pero, en el fondo, no había nada de escandaloso en el hecho de que, como en toda sociedad, existiera una franja limitada de marginales o asociales que no participaban en el juego común. En todo caso, esos bolsones residuales de pobreza no parecían cuestionar las reglas generales del intercambio social ni la dinámica del progreso continuo de la sociedad. Hablar de cuarto mundo era una manera de decir que "esa gente" no estaba hecha de la misma madera que los asalariados.

Aparte de la existencia de estas poblaciones "periféricas" o "residuales" (y exceptuando también, en la cima, las posiciones eminentes de artistas, estrellas de los medios, grandes gerentes, herederos de grandes fortunas, cuya situación parece incomparable con el régimen común, pero se necesitaba un exotismo distinto del de cuarto mundo para mantener la mitología de *Paris Match*), la sociedad salarial pudo desplegar una estructura relativamente homogénea en su diferenciación. No sólo porque lo esencial de las actividades sociales quedó centrado en el grupo de los asalariados (había cerca de un 83 por ciento de asalariados en 1975), sino sobre todo porque la mayoría de los miembros de esta sociedad encontraban en el salariado un principio único que a la vez los unía y los separaba, y de tal modo daba fundamento a su *identidad social*. "En una sociedad [375] salarial, todo circula, todo el mundo se mide y se compara."¹⁴⁵ Es posible que ésta sea una fórmula exagerada, puesto que esa sociedad tenía márgenes, posiciones de excelencia por encima de los asalariados y posiciones de indignidad por debajo de ellos. Sin embargo, es una fórmula justa en términos globales, si no se confunde "compararse" con "equiparse", y si por "medirse" se entiende una competencia a través de la cual los sujetos sociales juegan su identidad en la diferencia. El salariado no era sólo un modo de retribución de trabajo, sino la condición a partir de la cual se distribuían los individuos en el espacio social. Como lo observaron Margaret Maruani y Emmanuelle Reynaud: "Detrás de toda situación de empleo hay un juicio social."¹⁴⁶ Hay que tomar esta expresión en su sentido más fuerte: el asalariado es juzgado/ubicado por su situación de empleo, y los asalariados encuentran su común denominador y existen socialmente a partir de ese lugar.

El Estado de crecimiento

No obstante, la sociedad salarial no se reducía a un nexo de posiciones asalariadas. Librada exclusivamente a la lógica de la competencia y la distinción, habría corrido el riesgo de que la arrastrara un movimiento centrífugo. Era también un modo de *gestión política* que asociaba la propiedad privada y la propiedad social, el desarrollo económico y el logro de derechos sociales, el mercado y el Estado. Llamo aquí "Estado de crecimiento" a la articulación de los dos parámetros fundamentales que acompañaron a la sociedad salarial en su recorrido, y que establecieron con ella vínculos esenciales: el crecimiento económico y el crecimiento del Estado social. De modo que la detención de esta promoción se podrá entender como efecto de la crisis económica, sin duda, pero sobre todo, a través de ella, como el cuestionamiento de ese montaje complejo de factores económicos y regula-

¹⁴⁵ M. Aglietta, A. Bender, *Les métamorphoses de la société salariale*, op. cit., pág. 98.

¹⁴⁶ M. Maruani, E. Reynaud, *Sociologie de l'emploi*, op. cit., pág. 113.

ciones sociales que le procuró su frágil consistencia al salariado moderno.

En primer lugar, crecimiento económico. Lo que parecía evidente hasta principios de la década del '70 revela ahora la perturbadora singularidad de un período inédito en la historia de la humanidad, o al menos en la de los países industrializados. En Francia, más o menos entre 1953 y 1975, con tasas de crecimiento anual del 5 al 6 por ciento, se asistió prácticamente a la triplicación de la productividad, el consumo y los ingresos salariales.¹⁴⁷

[376] Ese enriquecimiento fantástico le *dio margen* a la sociedad salarial. Para retomar una frase célebre de Louis Bergeron, secretario general de la CGT-Fuerza Obrera, en ese entonces había "grano para moler". No sólo una relativa abundancia de bienes para repartir. El crecimiento, mientras duró, permitía librar órdenes de pago para el futuro. No se trataba únicamente de arrancar tal o cual ventaja en el día de hoy, sino que cada uno podía programar un mejoramiento a término. El desarrollo económico integraba de tal modo el progreso social como finalidad común de los diferentes grupos en competencia. De ello resultaba que las disparidades, tal como eran vividas en el aquí y ahora, podían ser percibidas al mismo tiempo como diferencias provisionales. "Así se podían legitimar las reivindicaciones sectoriales",¹⁴⁸ e incluso se podría decir sublimarlas: eran etapas de un recorrido que debía llegar a la reducción de las desigualdades. Si una categoría en particular no obtenía todo lo que estaba pidiendo (y, por el contrario, pensaba no tener nunca bastante), por un lado se beneficiaba ya con algo, y podía esperar más en el futuro. Esa proyección de las aspiraciones sobre el horizonte del futuro tranquilizaba el juego presente y daba crédito para el mañana al ideal socialdemócrata de una desaparición progresiva de las desigualdades. Esa apuesta al futuro no era sólo un acto de fe en las virtudes del progreso en general. A través de sus modos de consumo, de sus inversiones en bienes duraderos, de su empleo del crédito, el asalariado preveía cotidianamente la continuidad del crecimiento y ligaba concretamente su destino a un progreso ilimitado. En la sociedad salarial, la previsión de un mejor futuro estaba inscrita en la estructura del presente. Tanto más cuanto que, proyectando sus aspiraciones sobre la generación siguiente, el asalariado podía esperar realizarlas en diferido: lo que yo no pude aún realizar, lo lograrán mis hijos.

De modo que el desarrollo de la sociedad salarial dependía de una condición sobre la cual habrá que preguntarse si estaba intrínsecamente ligada a él, o representaba un dato coyuntural: el crecimiento económico. Pero también dependía estrechamente de una segunda serie de condiciones: el desarrollo del Estado social. Si bien es cierto que la competencia y la búsqueda de diferenciación estaban en el principio de la condición salarial, su equilibrio exigía que se procediera a arbitrajes y se llegara a compromisos negociados. Así como la sociedad de clases estaba amenazada [377] por el enfrentamiento global si faltaba un tercero mediador, también la sociedad salarial corría el riesgo de

¹⁴⁷ Cf., por ejemplo, E. Mossé, *La crise et après*, Paris, Le Seuil, 1989; Y Barou, B. Kaiser, *Les Grandes Économies*, Paris, Le Seuil, 1984. Para el CER [Centre d'Études des Revenus et Coûts] el poder de compra de los salarios en francos constantes se multiplicó por 2,7 entre 1950 y 1973 (CERC, n° 58, 2° trimestre de 1981).

¹⁴⁸ M. Aglietta, A. Bender, *Les métamorphoses de la société salariale*, op. cit., pág. 80

desgarrarse en las luchas entre las distintas categorías si faltaba una instancia central de regulación. La sociedad salarial fue también la sociedad en cuyo corazón se instaló el Estado social.

Esta intervención del Estado se desplegó en tres direcciones principales, ya bosquejadas antes, pero que en el marco de esa nueva formación social alcanzaron su pleno desarrollo: la garantía de una protección social generalizada, el mantenimiento de los grandes equilibrios y el pilotaje de la economía, la búsqueda de un compromiso entre los diferentes asociados en el proceso del crecimiento.

1. Por empezar, la instauración de la Seguridad Social en 1945 constituyó una etapa decisiva de *la protección de los asalariados* como prolongación del desarrollo de la propiedad transferida (cf. el capítulo anterior). Pero la evolución del sistema durante la década siguiente realizó el pasaje de una sociedad de clases a una sociedad salarial. La ordenanza del 4 de octubre de 1945 parecía realizar el objetivo que había estado en el origen de los seguros sociales: poner fin, esa vez definitivamente, a la vulnerabilidad de las clases populares. La población de referencia ("los trabajadores") era todavía la clase obrera, y el salariado de referencia era el salariado obrero, pero liberado de una precariedad secular. La ley apuntaba a esa fuerza de trabajo amenazada por "riesgos de toda clase", para erradicarlos: "Se instituyó una organización de la Seguridad Social destinada a asegurar a los trabajadores y sus familias contra los riesgos de toda clase capaces de reducir o suprimir sus aptitudes para ganar dinero, y destinada asimismo a cubrir los gastos de maternidad y de familia que ellos soportan".¹⁴⁹

Consolidar "las aptitudes para ganar dinero" de los trabajadores: ese programa puede comprenderse en parte como prolongación de una posición del tipo Frente Popular, que encaraba la realización de la justicia social a partir del mejoramiento de la condición de la clase obrera.¹⁵⁰ La condición obrera era aún el sostén principal y a la vez el segmento más maltratado de la sociedad industrial, de modo que el progreso del conjunto de la sociedad debía partir de su liberación. ¿Era posible conciliar esta discriminación positiva, que beneficiaba a los trabajadores, con la [378] ambición, afirmada simultáneamente, de cubrir frente a la necesidad al conjunto de la población? "Todo francés que resida en el territorio de la Francia metropolitana se beneficia [...] con la legislación de Seguridad Social."¹⁵¹ Era posible, si una voluntad política fuerte imponía un régimen general (para todos) cuyos mecanismos de financiación y distribución favorecieran a algunos (los asalariados más amenazados). En el contexto de la Liberación, era esto lo que se pretendía.¹⁵² El régimen

¹⁴⁹ Ordenanza n° 45-2258 del 4 de octubre de 1945, *journal officiel*, 6 de octubre de 1945, pág. 6280.

¹⁵⁰ No obstante, si bien la obra del Frente Popular fue considerable en materia de derecho laboral y convenciones colectivas, no tomó ninguna medida concerniente a la protección social propiamente dicha, quizá por falta de tiempo.

¹⁵¹ Ley del 22 de mayo de 1946, "de generalización de la Seguridad Social", artículo 1.

¹⁵² Sobre este contexto de la Liberación (las orientaciones del Consejo Nacional de la Resistencia en 1944, la preocupación de afirmar la solidaridad nacional después de las desgracias y los desgarramientos de la guerra, la preponderancia de una izquierda numéricamente dominada por "el partido de la clase obrera", la discreción forzosa de una derecha y un sector patronal

general debía tener una función enérgicamente distributiva; los descuentos a las categorías más altas iban a contribuir a completar los recursos de los trabajadores o las familias desfavorecidas.¹⁵³ Pero, si se dejaba actuar a las fuerzas sociológicas, cada categoría social defendería su propio interés.

Esas tendencias sociológicas apuntaban a la transformación, que ya hemos analizado, del sector asalariado. En el momento de instaurarse el régimen general de la seguridad social, el sector asalariado obrero había sido ya parcialmente superado por otras configuraciones salariales mejor abastecidas. Estaba al mismo tiempo rodeado por categorías no-salariales (las profesiones independientes), adversas a su propio alineamiento con la condición obrera. En cuanto la coyuntura política les permitió hacer oír su voz, ellas impusieron otro sistema.¹⁵⁴

[379] Con la multiplicación de los regímenes especiales, en efecto, el resultado fue otro sistema, más bien que un ajuste marginal del anterior. Ese otro sistema expresaba la diversidad de la sociedad salarial, en cuyo seno incluso los no-asalariados ocupaban el terreno desbrozado por los asalariados, esforzándose por maximizar las ventajas y minimizar los costos de la seguridad.¹⁵⁵ Regía una lógica de la diferenciación y la distinción, más bien que de la solidaridad y el consenso. El organigrama de la Seguridad Social constituía entonces un reflejo bastante exacto de la estructura de la sociedad salarial, es decir de una sociedad jerarquizada en la cual cada agrupamiento profesional, celoso de sus prerrogativas, se encarnizaba en hacerlas reconocer y en marcar su distancia con todos

considerablemente desacreditados, etcétera), cf. H. Galant, *Histoire politique de la Sécurité sociale*, Paris, A. Colin, 1955. Sobre la importancia del informe Beveridge, *Social Insurance and Allied Services*, Londres, 1942, y su influencia en Francia, cf. A. Linossier, *Crise des systèmes assurantiels aux États-Unis, en Grande-Bretagne et en France*, tesis de doctorado en sociología, Universidad de Paris VIII, 1994.

¹⁵³ La intención era "descontar de los ingresos de los individuos favorecidos las sumas necesarias para completar los recursos de los trabajadores o de las familias desfavorecidos" (A. Parodi, "Exposé des motifs accompagnant la demande d'avis n° 504 sur le projet d'organisation de la Sécurité sociale", *Bulletin de liaison n° 14 du Comité d'histoire de la Sécurité sociale*).

¹⁵⁴ Este sistema contaría finalmente con 120 regímenes de base y 12.000 regímenes complementarios; cf. N. Murard, *La protection sociale, op. cit.*, págs. 90 y sigs. Sobre las peripecias que condujeron al bloqueo del régimen en general, cf. H. Galant, *Histoire politique de la Sécurité sociale, op. cit.* En el segundo plano de la escena parlamentaria, los representantes de los diferentes grupos profesionales y de los "independientes" se entregaron a una intensa actividad de *lobbying*. Además del papel de los médicos, que se oponían a los aspectos médicos del programa, fue preponderante el rol de la Confederación General de Ejecutivos, que representaba a las categorías de asalariados hostiles a todo acercamiento con el estatuto de los obreros; cf. L. Boltanski, *Les cadres, la formation d'un groupe social, op. cit.*, págs. 147 y sigs.

¹⁵⁵ Cf. G. Perrin, "Pour une théorie sociologique de la Sécurité sociale dans les sociétés industrielles", *Revue française de sociologie*, VII, 1967. La preocupación por la diferenciación también obraba en el seno de la clase obrera: las categorías profesionales dotadas de regímenes específicos más antiguos (por ejemplo los mineros, los ferroviarios, los marinos...) hicieron todo lo posible para preservar sus "ventajas adquiridas". Sobre el peso de los regímenes anteriores al intento de generalización, cf. F. Netter, "Les retraites en France avant le XX^e siècle", *Droit social*, n° 6, junio de 1963.

los otros.

Aunque se lamente el retroceso de la inspiración democrática que estaba en el origen del sistema, así como algunas de sus lagunas,¹⁵⁶ hay que convenir en que armonizaba perfectamente con la lógica de la transformación de la sociedad salarial. La subordinación jerárquica de la clase obrera traducía su destitución como atractor de la condición salarial. Las realizaciones de la Seguridad Social pueden entonces interpretarse como apoteosis de un sector asalariado en cuyo seno los asalariados no-obreros iban adquiriendo una preponderancia creciente. Esas realizaciones otorgaban un tipo de cobertura propio de una sociedad que apostaba más a la diferenciación que a la igualdad. Por una parte, se había yugulado la vulnerabilidad secular de las clases populares: existía una red de seguridad para todos. Pero la socialización de los ingresos afectaba también a las otras categorías salariales y, en consecuencia, a la casi totalidad de la población.¹⁵⁷ Se universalizó la "propiedad transferida", cuya lógica había [380] comenzado a imponerse en la gama baja de la escala social con las jubilaciones obreras y campesinas, y los seguros sociales (cf. el cap. 6). En adelante, el "salario indirecto" representó aproximadamente la cuarta parte de los ingresos salariales, y ya no tenía por única finalidad preservar a los más vulnerables del riesgo de la destitución social.¹⁵⁸

De modo que esta evolución representaba al mismo tiempo una promoción del sector asalariado y de la propiedad social, de la que el Estado era a la vez el iniciador y el garante. No sólo porque el lugar de la administración fue preponderante para la instauración del sistema (cf., por ejemplo, el papel que desempeñó en Francia Pierre Laroque, o en Inglaterra lord Beveridge, actuando por mandato del gobierno). Más en profundidad, en la estructura misma del salario se inscribió una dimensión jurídica. A través del salario indirecto, "lo que cuenta es cada vez menos lo que cada uno tiene, y cada vez más los derechos adquiridos por el grupo al cual se pertenece. Lo que se tiene es menos importante que el estatuto colectivo definido por un conjunto de reglas".¹⁵⁹

De este modo, la generalización del seguro sometía a la casi totalidad de los miembros de la sociedad al régimen de la propiedad transferida. Éste era el último episodio de un cambio de puestos entre el patrimonio y el trabajo. Una parte del salario (el valor de la fuerza del trabajo) se sustraía en adelante a las fluctuaciones de la economía y

¹⁵⁶ En particular la ausencia de cobertura para el desempleo. En cambio, un análisis completo de las protecciones debería poner énfasis en la importancia de las asignaciones familiares, que expresaban la preponderancia de la preocupación natalista francesa.

¹⁵⁷ En 1975 estaba cubierto el 75 por ciento de la población francesa, y en 1984, el 99,2 por ciento (cf. D. Du four, *La protection sociale*, París, La Documentation française, 1984, pag 49)

¹⁵⁸ Las sumas destinadas a la protección social representaban un 10 por ciento del ingreso nacional en 1938, el 15,9 por ciento en 1960, el 24 por ciento en 1970, el 27,3 por ciento en 1980 (cf. J. Dumont, *La sécurité sociale toujours en chantier*, París, Éditions ouvrières, 1981, pág. 42). Con relación al ingreso disponible de las familias, las prestaciones sociales pasaron del 1,1 por ciento en 1913 al 5 por ciento en 1938, el 16,6 por ciento en 1950, el 28 por ciento en 1975, y el 32,4 por ciento en 1980 (R. Delorme, C. André, *L'État et l'économie*, op. cit., pág. 415).

¹⁵⁹ H. Hatzfeld, "La difficile mutation de la sécurité-propriété à la sécurité-droit", loc. cit., pág. 57.

representaba una especie de *propiedad para la seguridad*, derivada del trabajo y disponible para situaciones extralaborales, la enfermedad, el accidente, la vejez. De tal modo, el Estado social se instalaba en el corazón del dispositivo salarial. Se impuso entonces como la tercera instancia, con rol de mediador entre los intereses de los empleadores y los empleados: "Las relaciones directas entre empleados y asalariados fueron progresivamente reemplazadas por relaciones triangulares entre empleadores, asalariados e instituciones sociales".¹⁶⁰

[381] 2. Esta concepción del Estado que subtiende la protección social es complementaria del papel de *actor económico* asumido por el poder público, un rol que también se desarrolló plenamente después de la Segunda Guerra Mundial. Pero, mientras que con la Seguridad Social culminaba un proceso de generalización de la propiedad social emprendido a fines del siglo XIX, la intervención del Estado como regulador de la economía fue considerada una innovación.¹⁶¹

Primero en el marco de la reconstrucción, y después de la modernización, el Estado se hizo cargo de la promoción de la sociedad. Impuso una política voluntarista para definir los

¹⁶⁰ J.-J. Dupeyroux, *Droit de la sécurité sociale*, Paris, Dalloz, 1980, pág. 102. Recordemos que el Estado desempeñó ese rol sin inmiscuirse directamente en la administración del sistema, el cual, como se sabe, seguía un modelo paritario. Esto demuestra que el funcionamiento del Estado social no está necesariamente asociado al despliegue de una pesada burocracia estatal. Ni siquiera el funcionamiento del Estado francés. Quizá no sea inútil recordar también que el sistema de seguridad social francés obedece a reglas incomparablemente más flexibles, más diversificadas y más descentralizadas que, por ejemplo, el sistema inglés (cf. D. E. Ashford, *British Dogmatism and French Pragmatism*, Londres, George Allen and Unwin, 1982).

¹⁶¹ No se trata de que el Estado "liberal" se haya vedado aplicar políticas que se oponían abiertamente al juego espontáneo de la economía, como el proteccionismo deliberado de Guizot o Thiers, el aliento sistemático a la agricultura en detrimento de la industria, e incluso, en la Primera Guerra Mundial, la movilización de lo esencial de la producción al servicio de la defensa nacional (cf. P. Rosanvallon, *L'État en France de 1789 à nos jours*, op. cit.). Pero (salvo durante el período de la guerra, en el que la mayoría de las regulaciones de esa época fue anulada al volver la paz) el Estado no debía inmiscuirse en la administración de la industria, y a los industriales les correspondía definir los objetivos de sus empresas y alcanzarlos, en vista de su mejor interés. En el período de entreguerras aparecieron las primeras concepciones de la planificación y las nacionalizaciones, en el campo del socialismo reformista, y también, en los ambientes tentados por la instauración de un Estado musculoso. La CGT desarrolló un programa sustancial de nacionalizaciones, que quedó en letra muerta. La única iniciativa de dirigismo económico promovida por el gobierno del Frente Popular de Léon Blum, personalmente hostil a las nacionalizaciones, fue la creación de una Oficina del Trigo, para asegurar un ingreso mínimo a los campesinos, signo adicional de la preponderancia asignada a los intereses de la agricultura por sobre los de la industria (cf. R. Kuisel, *Le capitalisme et l'État en France*, op. cit., y A. Bergourieux, "Le néosocialisme. Marcel Déat: réformisme traditionnel ou esprit des années trente?", *Revue historique*, n° 528, octubre-diciembre de 1978; Jacques Amoyal, "Les origines socialistes et syndicalistes de la planification en France", *Le mouvement social*, n° 87, abril-junio de 1974; sobre el crecimiento cuantitativo de las inversiones del Estado, cf. R. Delorme, C André, *L'Etat et l'économie*, op. cit.)

grandes equilibrios y elegir los dominios privilegiados de inversión, y al mismo tiempo sostener el consumo con políticas de reactivación. A principios de la década de 1950, las inversiones del Estado en las industrias básicas eran superiores a las del sector privado.¹⁶² Esta economía dirigida asignaba un rol piloto a las empresas nacionalizadas y al sector público. Se prolongó en intervenciones sobre el crédito, los precios, los salarios...

El Estado gozaba de poderes de reglamentación impresionantes; entre otros dominios, las inversiones, los créditos, los precios, los salarios caían más o menos bajo su control. Por ejemplo, podía actuar sobre los salarios, fijando un mínimo general, por un lado, y por el otro la escala de sueldos en la función pública. Los nuevos servicios de estadística o previsión demostraron ser extremadamente útiles, en tanto simbolizaban la actitud de un Estado dispuesto ahora a prever el futuro para organizarlo mejor.¹⁶³

De tal modo se crearon los instrumentos de una socialización de las condiciones de la producción. Siguiendo los principios keynesianos, la economía dejó de ser concebida como una esfera separada. Respondía a intervenciones: sobre los precios, los salarios, las inversiones, la ayuda a ciertos sectores, etcétera. El Estado la piloteaba. Velaba por la correspondencia entre los objetivos económicos, los objetivos políticos y los objetivos sociales: circularidad de una regulación que pesaba sobre la economía para promover lo social, y que hacía de lo social el medio para sacar a flote la economía cuando ésta se hundía.¹⁶⁴ Como dijo Clauss Offe, se "infundía" la autoridad del Estado en la economía mediante la administración de la demanda global, mientras se "introducían" en el Estado las coacciones del mercado.¹⁶⁵ Las pretendidas leyes de la economía ya no se vivían como un destino. Mediante sus políticas de reactivación, el rol que desempeñaba para garantizar los salarios, las elecciones industriales que efectuaba, el Estado no sólo intervenía como productor de bienes sino también –podría decirse– como productor de consumidores, es decir de asalariados solventes.

Pero lo que debe retener principalmente la atención en vista de nuestro propósito es el desarrollo de la propiedad social. Se trata en primer lugar de las nacionalizaciones, sobre las cuales Henri de Man observó ya que procedían a una transferencia de la autoridad sobre la propiedad (cf. el cap. 6), pero también del desarrollo de los servicios públicos y los equipamientos colectivos, de los cuales pudo decirse (a partir del Cuarto Plan de 1962, el primero en denominarse "Plan de Desarrollo Económico y Social") que representaban el modo de encarnarse de lo social,¹⁶⁶ fuera con establecimientos especiales en favor de las categorías desfavorecidas de la población, o con servicios públicos de uso colectivo. Pierre Massé constata la existencia en la época de críticas (recogidas entre otros por Jacques Delors) al modelo "norteamericano" de desarrollo económico, centrado [383] en el consumo individual. Portadores "de una idea menos parcial del hombre", los

¹⁶² R. Kuisel, *Le capitalisme et l'État en France*, op. cit., pag 437.

¹⁶³ *Ibid.*, pág. 417.

¹⁶⁴ Cf. J. Donzelot, *L'invention du social*, op. cit., págs. 170 y sigs.

¹⁶⁵ C. Offe, *Contradictions of the Welfare State*, Londres, Hutchinson, 1986, págs. 182–183, y también A. Linossier, *Crise des systèmes assurantiels aux États-nis, en Grande-Bretagne et en France*, op. cit.

¹⁶⁶ F. Fourquet, N. Murard, *Valeur des services collectifs sociaux*, op. cit., pág. 104.

equipamientos colectivos ponían a disposición de todos una propiedad indivisa.¹⁶⁷ Para citar un verso de Victor Hugo, "cada uno tenía su parte, pero todos tenían la totalidad".¹⁶⁸

Los servicios públicos aumentaban la propiedad social. Eran un tipo de bienes no apropiables individualmente, ni comercializables, que servían al bien común. Fuera de la lógica del patrimonio y del reino de la mercancía privada, pertenecían al mismo registro que la propiedad transferida, que en ese mismo momento la Seguridad Social estaba ampliando. Paralelismo entre el fortalecimiento de una propiedad-protección y el desarrollo de una propiedad de uso público.

Se puede vacilar en cuanto al nombre de esta forma de gubernamentalidad. Richard Kuisel, sensible al retroceso de estas posiciones con relación a las opciones socializantes perfiladas en la época de la Liberación, habla de "neoliberalismo".¹⁶⁹ Pero entonces se trata de una forma de liberalismo casi en ruptura con las políticas liberales anteriores. Por su parte, Jacques Fournier y Nicole Questiaux se refieren a un "capitalismo social", subrayando a la vez el carácter incuestionablemente capitalista de esa economía, y los esfuerzos para enmarcarla con fuertes regulaciones sociales.¹⁷⁰ Se puede también pensar en un keynesianismo a la francesa, planificador y centralizador, como lo sugiere Pierre Rosanvallon.¹⁷¹ Pero, más allá de los rasgos específicamente franceses, esta forma de Estado ha sido bastante bien caracterizada por Clauss Offe: "Un conjunto multifuncional y heterogéneo de instituciones políticas y administrativas cuyo fin es administrar las estructuras de socialización de la economía capitalista".¹⁷² Más allá de los correctivos impuestos al funcionamiento salvaje de la economía, el acento está en los procesos de socialización que transforman los [384] parámetros interactuantes en la promoción del crecimiento. También en este caso el Estado se encuentra en el corazón de la dinámica del desarrollo de la sociedad salarial.

3. El papel regulador del Estado actúa en un tercer registro, el de las relaciones entre los "asociados sociales". Esta ambición fué contemporánea de las primeras veleidades de intervención del Estado social,¹⁷³ pero durante mucho tiempo llegó sólo a realizaciones

¹⁶⁷ Pierre Massé, citado en F. Fourquet, *Les comptes de la puissance*, París, Éditions Recherches, 1980.

¹⁶⁸ Citado en F. Fourquet, N. Murard, *Valeurs de services collectifs sociaux*, *op. cit.*, pág. 56. La imagen del poema de Hugo es un faro que da su luz para todos los navegantes, que sirve a todo el mundo, pero del que nadie se apropia.

¹⁶⁹ R. Kuisel, *Le capitalisme et l'État en France*, *op. cit.* Además de las posiciones de Pierre Mendès France, André Philipp, por ejemplo, proponía una opción que reservaba un importante lugar a los sindicatos en la definición y el control de las políticas económicas. Pero la "economía concertada" se apoyaba de hecho en las grandes concentraciones industriales, en los sectores más dinámicos del capitalismo y en las grandes empresas nacionalizadas.

¹⁷⁰ J. Fournier, N. Questiaux, *Le pouvoir du social*, *op. cit.* En esta obra se encontrarán también algunas proposiciones para prolongar o inclinar en el sentido de una política socialista las realizaciones de posguerra.

¹⁷¹ P. Konanvallon, *L'État en France*, *op. cit.*

¹⁷² C. Offe, *Contradictions of the Welfare-State*, *op. cit.*, pág. 186.

¹⁷³ Recordemos la oposición de Alexandre Millerand en 1900: "Existe un interés de primer orden en instituir entre los patronos y la colectividad de los obreros relaciones continuas que permitan

muy limitadas, y a principios de la década de 1970 todavía le costaba imponerse. Se trataba de abordar de un modo contractual, por iniciativa o con el arbitraje del Estado, los intereses divergentes de empleadores y asalariados. Si bien la historia de las relaciones de trabajo suele coincidir con la historia de las resistencias al reconocimiento de la negociación como modo de gestión de los conflictos,¹⁷⁴ aquí retendremos dos medidas cuyo impacto fue considerable para la consolidación de la condición salarial.

El "salario mínimo interprofesional garantizado" se instituyó en 1950, y en 1970 se convirtió en el "salario mínimo interprofesional de crecimiento", indexado a la vez con el aumento de los precios y con la tasa de crecimiento. En la historia del salariado, estas medidas fueron esenciales, pues definían y otorgaban un estatuto legal a las condiciones mínimas de acceso a la condición salarial. Un asalariado no era sólo un trabajador cualquiera que recibía una cierta retribución por un trabajo. Con el salario mínimo interprofesional garantizado, el trabajador "entraba en la condición salarial", es decir se ubicaba en el *continuum* de posiciones comparables que, según hemos visto, constituía la estructura básica de dicha condición. El trabajador ingresaba en una lógica de integración diferencial [385] que, en la versión del salario mínimo interprofesional de crecimiento, preveía incluso la indexación con el progreso global de la productividad. No se trataba tanto de un mínimo vital como de una seguridad de participación en el desarrollo económico y social. Tenemos allí el primer grado de pertenencia a un *estatuto* de asalariado gracias al cual el salario deja de ser sólo un modo de retribución económica.

La *mensualización* representó otro punto fuerte de la consolidación de la condición salarial para quienes se encontraban ubicados en la base de la escala de los empleos. Hemos dicho ya que ella alineaba el estatuto de la mayoría de los obreros con el de los empleados, y que el salario dejaba de retribuir una tarea puntual para convertirse en una asignación global otorgada a un individuo. Pero, además de esa contribución a la integración obrera, la mensualización, por la manera en que fue impuesta, ejemplifica el papel del Estado en el desarrollo de las políticas contractuales. Fue propuesta por el gobierno, y al principio recibida con frialdad por los patronos (que se quejaban de ser quienes iban a pagarla) y también por los sindicatos, desconfiados ante una medida que con frecuencia había sido

intercambiar a tiempo las explicaciones necesarias y regular ciertas clases de dificultades. Al entronizar [esas relaciones], el gobierno de la República sigue siendo fiel a su rol de pacificador y de arbitro".

¹⁷⁴ Cf. especialmente J. Le Goff, *Du silence à la parole, op. cit.*; F. Sellier, *La confrontation sociale en France*, op. cit.; J.-D. Reynaud, *Les syndicats, les patrons et l'État, tendances de la négociation collective en France*, Paris, Éditions ouvrières, 1978, y P. Rosanvallon, *La question syndicale*, Paris, Calmann-Lévy, 1988. Son dos las razones principales de esta situación. En primer lugar, la actitud general de la mayoría del sector patronal tiende a considerar los asuntos de la empresa como coto cerrado, lo cual supone que, por principio, se desconfía de los sindicatos. Esta actitud ha ido evolucionando muy lentamente en el curso de un siglo. Por otro lado, a los sindicatos obreros les ha costado entrar en el juego de la sociedad salarial, y a veces se negaron a hacerlo. En efecto, la sociedad salarial implica una administración diferencial de los conflictos y la aceptación de reivindicaciones relativas que desembocan en soluciones de compromiso, más bien que en cambios globales.

útil para la estrategia patronal de crear divisiones entre los obreros.¹⁷⁵ Sin embargo, los acuerdos de mensualización, negociados rama por rama a partir de mayo de 1970, se impusieron rápidamente. Con independencia de las eventuales segundas intenciones electoralistas (el candidato Pompidou había incorporado la mensualización en su programa para la presidencia), éste fue un incuestionable éxito del Estado en su voluntad de promover un compromiso social entre grupos antagónicos.¹⁷⁶

A estas disposiciones, concernientes a las estructuras profesionales y el derecho laboral, hay que asociar los esfuerzos intentados para distribuir los frutos de la expansión. La instrucción del primer ministro para la preparación del Quinto Plan requería en enero de 1965 "aclarar lo que puede ser [...] en la realidad el avance de las grandes masas de ingresos, salarios, ganancias, prestaciones sociales y otros ingresos individuales, para favorecer un gran acceso de todos a los frutos de la expansión, y al mismo tiempo reducir las desigualdades".¹⁷⁷ En este marco se ubicó el intento de desarrollar una "política de ingresos", lanzada después de la gran huelga [386] de los mineros en 1963. En enero de 1964 Pierre Massé propuso que, al preparar cada plan, el Comisariato se encargara de presentar

paralelamente a la planificación tradicional en volumen, [...] una programación indicativa en valores. Esta última destacaría las orientaciones para las grandes masas de ingresos, sobre todo los salarios, las prestaciones sociales, los ingresos agrícolas y las ganancias, así como las condiciones de equilibrio entre el ahorro y la inversión, por un lado, y por el otro la recaudación y los gastos públicos [...]. A partir de las orientaciones anuales, el gobierno podría recomendar una tasa de progreso para cada categoría de ingresos.¹⁷⁸

La política de ingresos nunca se concretó, al menos con esta forma. La evolución de los salarios entre 1950 y 1975 demuestra que las disparidades permanecieron más o menos constantes, más bien con tendencia a ahondarse (distancia de 3,3 entre los ejecutivos superiores y los obreros en 1950, y de 3,7 en 1975).¹⁷⁹ ¿Se puede entonces hablar de una

¹⁷⁵ J. Bunel, *La mensualisation, une réforme tranquille?*, op. cit.

¹⁷⁶ La edad de oro de esta política corresponde al intento de Jacques Chaban-Delmas de promover su "nueva sociedad". Los acuerdos interprofesionales de junio de 1970 sobre la formación permanente, junto con los acuerdos sobre la mensualización, fueron una realización ejemplar de este enfoque. El producto de un acuerdo contractual se convirtió en "obligación nacional": "La formación profesional permanente constituye una obligación nacional" (artículo L 900-1 del Código de Trabajo)

¹⁷⁷ Citado en B. Briot, *Protection sociale et salarisation de la main-d'oeuvre: essai sur le cas française*, tesis de ciencias económicas de la Universidad de París X, París, 1993.

¹⁷⁸ Citado en F. Sellier, *La confrontation sociale en France*, op. cit., pág. 217. Hay una exposición de las ambiciones de la política de ingresos en G. Caire, *Les politiques des revenus et leurs aspects institutionnels*, Ginebra, BIT, 1968.

¹⁷⁹ Cf. C. Baudelot, A. Lebeaupin, "Les salaires de 1950 à 1975", *Économie et statistiques*, n° 113, julio-agosto de 1979. En 1968 hubo un ajuste de los salarios bajos, en particular con un aumento del salario mínimo interprofesional de crecimiento (35 por ciento en París, y 38 por ciento en las provincias), pero en parte se trataba de compensar una degradación anterior, y después la erosión

distribución de los frutos del crecimiento? Sí, si por distribución no se entiende la reducción de las desigualdades. Globalmente, la evolución de los salarios acompañó a la evolución de la productividad, y todas las categorías se beneficiaron, pero sin que el abanico de las jerarquías se estrechara. Este avance fue posible por los resultados del crecimiento, pero no se produjo automáticamente. El desarrollo económico fue encuadrado en estructuras jurídicas de regulación. Por otra parte, cuando la dinámica económica comenzó a agotarse, la coherencia de este sistema de regulación atenuó en un primer momento los efectos de la crisis. El acuerdo interprofesional firmado el 14 de octubre de 1974 aseguraba una indemnización por desempleo total que llegaba al 90 por ciento del salario bruto en el primer año, mientras que el desempleo parcial era indemnizado por la empresa con el aporte de fondos públicos.¹⁸⁰ Los dispositivos paritarios de garantía [387] que determinaban la responsabilidad del Estado, permitían aún pensar en un cuasi derecho al empleo, en el momento mismo en que la situación empezaba a degradarse.

De modo que había una poderosa sinergia entre crecimiento económico, con su corolario, el empleo casi pleno, y el desarrollo de los derechos del trabajo y la protección social. La sociedad salarial parecía seguir una trayectoria ascendente que, en un mismo movimiento, aseguraba el enriquecimiento colectivo y promovía un mejor reparto de las oportunidades y las garantías. Tanto más cuanto que, para no sobrecargar desmesuradamente esta exposición, y conservar el hilo de la argumentación, me he atenido exclusivamente a las protecciones ligadas de modo directo al trabajo. El mismo montaje "desarrollo económico/regulaciones estatales" operó en los dominios de la educación, la higiene pública, el fomento de los recursos jurisdiccionales, el urbanismo, las políticas familiares... Globalmente, los logros de la sociedad salarial parecían en vía de reabsorber *el déficit de integración* que había signado los inicios de la sociedad industrial, mediante el crecimiento del consumo, el acceso a la propiedad o a la vivienda decente, la mayor participación en la cultura y el tiempo libre, los avances hacia la realización de una mayor igualdad de oportunidades, la consolidación del derecho del trabajo, la extensión de las protecciones sociales, la eliminación de los bolsones de pobreza, etcétera. La cuestión social parecía disolverse en la creencia en un progreso ilimitado.

Esta es la trayectoria que se interrumpió. ¿Quién pretendería hoy en día que vamos hacia una sociedad más acogedora, más abierta, aplicada a reducir las desigualdades y a maximizar las protecciones? La idea misma del progreso se ha derrumbado.

volvió a producirse.

¹⁸⁰ J. -D. Reynaud, *Les syndicats, les patrons et l'État, op. cit.*, págs. 14-16. Recordemos en tal sentido que la indemnización por desempleo (tardía en Francia) fue creada por ese mismo tipo de convenciones paritarias (firma, en diciembre de 1958, también bajo la presión de los poderes públicos, del acuerdo que establecía las Assedic y el Unedic [Union nationale interprofessionnelle pour l'emploi dans l'industrie et le commerce]).